

HAMLET de William Shakespeare
Traducción Dean Zayas
(basado en el texto original)

Personajes:

FANTASMA DE HAMLET
CLAUDIO, Rey de Dinamarca.....
GERTRUDIS, Reina de Dinamarca
HAMLET, Príncipe de Dinamarca
POLONIO, Lord Chambelán
HORACIO, amigo de Hamlet
LAERTES , hijo de Polonio
OFELIA, hija de Polonio
ROSENCRANTZ, Miembro de la corte
GUILDENSTERN, Miembro de la corte
OSRIC, Miembro de la corte
BERNARDO, Oficial y soldado
FRANCISCO, Oficial y soldado
MARCELO, Oficial y soldado
TRES ACTORES: Actor Rey
 Actor Reina
 Luciano
EL SEPULTURERO
UN SACERDOTE
LORES, SOLDADOS E INVITADOS

Acto I, Escena I

Bernardo: ¿Quién va?

Francisco: ¡Deteneos y reveladnos quién sois?

Bernardo: ¡Dios salve al rey!

Francisco: ¿Bernardo?

Bernardo: El mismo.

Francisco: Llegáis muy puntual y a la hora convenida.

(Entran Horacio y Marcelo.) ¡Alto! ¿Quién vive?

2.

Horacio: Gente de paz.

Marcelo: Súbditos de Dinamarca.

Francisco: ¡Muy buenas noches!

Marcelo: Id con Dios, buen soldado. ¿Quién os relevó?

Francisco: Bernardo ocupa el puesto. ¡Buenas noches de nuevo!

Sale.

Marcelo: ¿Bernardo?

Bernardo: Sí. ¿Viene Horacio contigo?

Horacio: ¡Tan solo una mitad!

Bernardo: Bienvenido, Horacio. Y vos, mi buen Marcelo.

Horacio: Decidme, ¿volvió a aparecerse eso esta noche?

Bernardo: Nada he visto.

Marcelo: Afirma Horacio que es solo fantasía.

Entra el espectro.

Marcelo: ¡Silencio! ¡Silencio! ¡Mirad, ahí está otra vez!

Bernardo: ¡La viva imagen del rey muerto!

Marcelo: Tú que eres hombre de letras, háblale, Horacio.

Bernardo: ¡Es idéntico al rey! ¡Mírale, Horacio!

Horacio: ¡Sí, es idéntico! Me llena de estupor y miedo.

3.

Bernardo: Está esperando, ¡háblale!

Marcelo: ¡Háblale, Horacio!

Horacio: ¿Quién eres tu, que así usurpas esta hora nocturna, con ese noble atavío de guerra, que el mismo que el rey ya enterrado solía lucir?
¡Te lo ordeno! ¡Habla!

Bernardo: ¡Mirad, mirad, se aleja!

Horacio: ¡Detente! ¡Habla! ¡Te lo ordeno! ¡Habla!

Sale el espectro.

Marcelo: Se ha ido. No quiso responder.

Bernardo: ¿Y bien, Horacio? ¡Tiemblas, estás pálido! ¿Dirías que esto no es mas que fantasía?

Horacio: Ante Dios afirmo: jamás creyera esto sin la prueba veraz y evidente de mis propios ojos.

Marcelo: ¿No es idéntico al rey?

Horacio; Como tu a ti mismo.

Bernardo: Iba a hablar cuando cantó el gallo.

Horacio: Pero mirad, envuelta en manto de púrpura la aurora deja sus huellas en el rocío en aquella alta colina del oriente. Terminó la guardia. Creo que hemos de contar lo que sucedió esta noche al joven Hamlet. Por mi vida que este espíritu mudo ante nuestra presencia, habrá de hablarle a él.

Marcelo: Hagámoslo, os lo ruego, que yo sé donde podemos encontrarle esta mañana y en qué lugar exacto

Salen.

4.

Acto I Escena II

Entra el Rey con Gertrudis, los lores, Polonio, Laertes y Hamlet.

Rey: Aún grabada la muerte en la memoria de nuestro hermano Hamlet, Sería propio mantener el luto en nuestro corazón, y la huella del dolor en el rostro de nuestros súbditos. Sin embargo, discreción y naturaleza luchan de forma que el dolor se torna moderado para que más podamos pensar en nosotros mismos. Así que, a quien era nuestra hermana y hoy es reina compañera en el trono de este país en guerra, hemos tomado, con alegría truncada, con esperanza y con lágrimas en los ojos, júbilo funerario y nupciales endechas, con dolor y con placer en igual proporción como esposa. Y vos, Laertes, ¿qué noticias podéis darnos? ¿Qué puedes pedir sin que a tu ruego no se anticipe mi favor? ¿Qué tienes que decir, Laertes?

Laertes: Mi pensamiento está de nuevo en Francia y yo lo someto a vuestra Generosa indulgencia.

Rey: ¿Ya tenéis el permiso paterno? ¿Qué dice Polonio?

Polonio: Lo tiene, mi señor. Me lo arrancó – a mi pesar – con su insistencia y tuve, finalmente, que darle mi consentimiento, y refrendarlo. Os suplico, pues, que le permitáis partir.

Rey: Aprovecha esta hora favorable, Laertes. Tuyo es el tiempo. Que sepas usarlo con las virtudes que posees. Y tu Hamlet, deudo mío y también hijo.

Hamlet: Algo más que deudo y menos que hijo.

Rey: ... ¿todavía ensombrecido por las nubes?

Hamlet: No por las nubes, señor, sino por el sol.

Reina: Mi buen Hamlet, retira la noche de tu semblante y vuelve tus ojos amables al rey de Dinamarca. Deja de buscar – tus párpados cerrados – entre el polvo a tu muy noble padre. Sabes que es natural que muera lo que vive, que atravesamos la vida hacia la eternidad.

5.

Hamlet: Sí, mi señora, sí. Debe ser natural.

Reina: Si es así, ¿por qué te parece tan extraño

Hamlet: ¿Parecerme, señora? No me parece. Es. No sé lo que “te parece” significa. Ni mi manto oscuro, ni el traje obligado de luto solemne, ni los suspiros vaporosos y profundos, ni el abundante río de lágrimas, ni la expresión abatida del rostro, a más de todas las formas, modos clases de sufrimiento, pueden descubrir mi estado de ánimo. Todo son cosas que “parecen” en tanto acciones que el hombre interpreta. Pero hay en mi intención algo más que apariencias o atavíos del dolor.

Rey: Es encomiable, conmovedor, Hamlet, que rindas a tu padre el homenaje de tu duelo. Pero también tu padre perdió el suyo y este a su vez a otro. Pero perseverar en un luto incesante puede llegar a ser terquedad impía, dolor cobarde. Demuestra irreverente oposición al cielo, corazón endeble, impaciencia de espíritu, pobre inteligencia y escaso entendimiento. Arroja a la tierra ese tu dolor y comienza a pensar en mí como en un padre, pues, sépalo el mundo, tú eres el más inmediato a nuestro trono y con el mismo amor sincero que pueda sentir el más tierno de los padres por su hijo te quiero yo a ti. En cuanto a vuestro deseo de volver a Wittenberg para vuestros estudios, es de lo más contrario al nuestro.

Reina: No desoigas las plegarias de tu madre, Hamlet. Te lo ruego, quédate aquí. No regreses a Wittenberg.

Hamlet: Haré cuanto pueda por complacerlos.

Rey: Esa es una respuesta llena de cariño. Sed uno con nosotros en Dinamarca. Señora, venid, la gentil decisión de Hamlet, alegra mi alma.

Trompetas. Salen todos excepto, Hamlet.

Hamlet: Oh, si esta carne mía sólida se disolviera,

fundiera su hielo y se tornara rocío.

6.

Oh, si el Dios eterno no hubiera dictado
su ley contra el suicidio. ¡Dios! ¡Oh, Dios!
¡Qué estériles, vanas, inútiles, insípidas
se presentan ante mi las cosas de este mundo!
¡Qué absurdo! ¡Oh, huerto sin cultivo
que engendra semillas! Es fétido y repugnante
todo lo que lo habita. Haber llegado a esto...
Muerto hace sólo dos meses – no, ni siquiera dos –
Un rey extraordinario... Comparado con éste
sería hacer semejantes a Hiperión y un sátiro.
Amaba a mi madre tanto. Tanto, que no habría dejado
al viento rozar sus mejillas. ¡Tierra! ¡Cielos!
¿Tendré que recordarlo? Ella se aferraba a él,
y su ansia de amor crecía con el pasto
que la iba manteniendo... y ahora, después de un mes...
No quiero pensarlo. Fragilidad tienes nombre de mujer.

Entran Horacio, Marcelo y Bernardo.

Horacio: ¡Salud a vuestra alteza!

Hamlet: Me alegra veros bien . ¿Horacio?

Horacio: El mismo señor. Por siempre vuestro siervo.

Hamlet: Mi buen amigo. Hemos de cambiarnos esos títulos. ¿Qué
haces lejos de Wittenberg, Horacio? ¿Marcelo?

Marcelo: Señor...

Hamlet: Me alegra veros. (**A Bernardo**) Buenas tardes tengáis señor.
Pero dime, ¿Qué haces tan lejos de Wittenberg?

Horacio: Mi señor, vine al funeral de vuestro padre.

Hamlet: No te burles de mi, te lo ruego, amigo. Más bien querrás decir
a la boda de mi madre.

7.

Horacio: Y tanto muy cerca anduvo una cosa de la otra.

Hamlet: ¡Hay que ahorrar, Horacio! La carne guisada en el funeral fue buen entremés para la boda. Mil veces encontrara yo en el cielo a mi peor enemigo antes de llegar a ver ese día... Mi padre... Me parece que veo a mi padre...

Horacio: ¿Cómo, mi señor?

Hamlet: Con los ojos del alma, Horacio.

Horacio: Señor, creo que lo ví anoche.

Hamlet: ¿Qué lo viste? ¿A quien viste?

Horacio: Mi señor, al rey, vuestro padre. Por dos noches sucesivas, estos caballeros, Marcelo y Bernardo, mientras hacían la guardia, durante el mortal silencio de la medianoche, se han encontrado con una figura idéntica a vuestro padre.

Hamlet: ¿Dónde ocurrió?

Marcelo: En la explanada donde hacíamos la guardia.

Hamlet: ¿No le hablasteis?

Horacio: Yo si, mi señor. Pero no obtuve respuesta.

Hamlet: ¡Qué extraño!

Horacio: Tan cierto como que vivo, que es verdad.

Hamlet: Cierto, cierto, amigos... pero me inquieta. ¿Estáis hoy de guardia?

Marcelo y Bernardo: Sí, mi señor.

Hamlet: Haré guardia esta noche. Acaso vuelva a aparecerse.
8.

Horacio: Es seguro.

Hamlet: Mientras tanto, os ruego a todos que , si hasta ahora habéis ocultado la aparición la sigáis guardando en el mayor secreto.

Todos: Nuestra lealtad a Vuestra Alteza.

Hamlet: No, vuestra amistad... Y la mía para vosotros. Adiós.

Salen.

El espectro de mi padre... ¡armado! Mal, muy mal. Temo alguna sucia trampa... ¡Ojalá fuera de noche! Serénate, alma mía, hasta entonces... La infamia saldrá a la vista, aun sepultado por la tierra.

Sale.

Acto I Escena III

Entran Laertes y Ofelia.

Laertes: Mi equipaje está a bordo ya. Adiós. En cuanto a Hamlet y sus vanos galanteos tómalos como un capricho, una apetencia juvenil. Nada más.

Ofelia: ¿Nada más?

Laertes: Sólo eso. Recuérdalo. Pero estate alerta pues, según su rango, no es dueño de sus deseos, sujeto como está a su alta cuna. No le está dado, como a las personas más humildes, escoger por sí mismo, pue

s que de su elección dependen la seguridad y el bienestar de todo el Estado.

Entra Polonio.

¿Todavía aquí, Laertes? ¡A bordo! ¡A bordo! ¡Vergüenza! El viento sopla en tus velas, ya te esperan. Ea, mi bendición, y graba estos preceptos en tu memoria: que no esté tu pensamiento en tu lengua; no ejecutes pensamientos sin medida. Se amable, mas nunca vulgar. Presta a todos oído, a pocos tu opinión. Toma consejos de todos pero guárdate el tuyo. No prestes dinero, ni pidas prestado, pues a veces vuelan amigos y dinero a la vez, y si te endeudas mermarás tus rentas. Y sobre todo, se sincero contigo mismo, que a esto seguirá – como el día a la noche – el que seas sincero con todos los demás. Adiós, y que mi bendición en todo esto te confirme.

Laertes: Humildemente, os pido licencia para marchar. Adiós, Ofelia, recuerda todo lo que te he dicho.

Ofelia: Lo he encerrado en mi memoria y sólo tú tienes la llave para abrirla.

Laertes: Adiós.

Sale.

Polonio: ¿Qué fue lo que te dijo, Ofelia?

Ofelia: Si es que queréis saberlo, era sobre el príncipe Hamlet.

Polonio: Muy oportuno, sí señor. Ha llegado a mi conocimiento que últimamente te ha dedicado su tiempo, y que tú le has regalado generosamente, con el tuyo. ¿Qué hay entre vosotros dos? Díme la verdad.

OFELIA: últimamente, mi señor, él me ha dado pruebas de su afecto.

POLONIO: ¿Afecto? ¡Bah! Hablas como una niña inexperta no acostumbrada al peligro de esas cosas. ¿Crees en sus “pruebas” como tú las llamas?

OFELIA: No sé, mi señor, que he de creer.

POLONIO: Yo te enseñaré a fe mía.

OFELIA: Señor, me habló y me habló de amor con maneras respetuosas.

POLONIO: ¿Maneras? ¿Llamas a eso maneras?

OFELIA: Y refrendó sus palabras mi señor, con todos los sagrados
10.

juramentos del cielo.

POLONIO: ¡Esas son trampas para perdices! Ya sé, ya sé lo prolija que el alma presta a la lengua juramentos cuando hierve la sangre. Llamas son que dan luz, no calor, y que se extinguen al pronunciarlos. No los tomes por fuego a la mera insinuación. En cuanto a Hamlet, piensa sólo una cosa, es muy joven y puede correr a grandes zancadas, algo que tu no puedes. En resumen, Ofelia, no fies en sus promesas, pues ni son del color de su ropaje ni son lo que muestran sino que encubren los deseos mas pecaminosos susurrantes como piadosas alcahuetas para mejor embaucarte. En fin, y muy claramente, desde ahora no malgastes ni un momento de tu tiempo en regalarle con palabras, ni en platicar con el príncipe Hamlet. Estate muy alerta. Es todo lo que te pido, Ea, a tus ocupaciones.

OFELIA: Os obedeceré en todo, señor.

Salen.

Escena IV, Acto I

Entran Hamlet, Horacio y Marcelo.

HAMLET: Hace mucho frío...El aire muerde despiadado.

HORACIO: Es un aire cruel y agrio.

HAMLET: ¿Qué hora es?

HORACIO: Van a dar las doce.

MARCELO: No, ya las han dado.

HORACIO: No las oí. Se acerca entonces la hora.

Entra el espectro.

HORACIO: ¡Ahí llega, mi señor!

HAMLET: ¡Protegedme, ángeles y ministros de la Gracia!
Seas espíritu del bien o maligno,
ya te acompañen auras del cielo o ráfagas del infierno,
sea tu intención sana o perversa,

11

Llegas hasta mi en forma tan misteriosa,
que he de hablarte. A ti te llamo, Hamlet,
¡Rey! ¡Padre! ¡Rey de Dinamarca! Responde.

El espectro hace señales a Hamlet.

HORACIO: Os hace señales para que vayáis con él como si quisiera hablar con vos a
solas.

MARCELO: Mirad con qué actitud de cortesía os invita a un lugar más reservado.
Pero no vayáis.

HORACIO: No, en modo alguno.

HAMLET: No, no ha de hablar... Iré hasta él.

HORACIO: No lo hagáis, señor.

HAMLET: ¿Por qué habría de temerle? No estimo mi vida en lo absoluto; no más que un
alfiler. En cuanto a mi alma, ¿qué puede ocurrirle siendo como él cosa
inmortal? Vuelve a llamarme. He de seguirle.

Salen el espectro y Hamlet.

HORACIO: ¡Su imaginación lo está enloqueciendo!

MARCELO: Sigámosle. No debemos obedecerle.

HORACIO: Vamos tras él. ¿Adónde conducirá todo esto?

MARCELO: Algo huele podrido en Dinamarca.

HORACIO: El cielo podrá enderezarlo.

MARCELO: Sigámosle.

Salen.

Escena V. Acto I

Entran el espectro y Hamlet

HAMLET: ¿A dónde quieres conducirme? Habla. No he de seguirte más.

12.

ESPECTRO: Escúchame.

HAMLET: Te escucho.

ESPECTRO: Se aproxima la hora en que he de retornar a las llamas del azufre, a las llamas de mi tortura.

HAMLET: ¡Oh, pobre espectro!

ESPECTRO: No has de compadecerme. Presta sólo atención a lo que te he de revelar.

HAMLET: Habla. Estoy obligado a escucharte.

ESPECTRO: Y a vengarme cuando me hayas oído.

HAMLET: ¿Qué dices?

ESPECTRO: Soy el espectro de tu padre, condenado a vagar a través de la noche y a ayunar en el día, rodeado de llamas. Si no me prohibieran revelar secretos de mi prisión, referiría una historia cuya palabra más leve te espantaría el alma y congelaría tu sangre joven. ¡Escucha! ¡Oh, Hamlet, óyeme! Si es que alguna vez amaste a tu padre...

HAMLET: ¡Dios! ¡Dios!

ESPECTRO: ... toma venganza de este horrendo asesinato.

HAMLET: ¿Asesinato?

ESPECTRO: Asesinato, horrendo, como todo asesinato, siendo éste el más horrendo y contra natura.

HAMLET: ¡Quiero saberlo! Y... con alas más veloces que las del pensamiento y el amor, cerniré el vuelo sobre mi venganza.

ESPECTRO: Escucha, Hamlet. Se ha dicho que estando yo en el jardín me hirió una sierpe. Así fueron engañados los oídos de Dinamarca con el falso relato de mi muerte. Y así quiero que sepas, noble hijo, que la sierpe que quitó la vida a tu padre lleva hoy su corona.

HAMLET: ¡Oh, alma mía... profética! Claudio... ¿vuestro hermano?

ESPECTRO: Sí, esa bestia incestuosa y adúltera, con ingeniosas cábalas y dones de 13.

traidor – oh ingenio, oh dones que así consiguen seducir – atrajo a su lujuria vergonzosa la voluntad de la que parecía reina honesta. Debo ser breve. Dormía en mi jardín, como solía hacer todas las tardes, y en esta hora de quietud, tu tío entró furtivamente, con una ampolla hechizada de beleño y vertió en el hueco de mis oídos aquel fluido ponzoñoso. De este modo, mientras dormía, y por la acción de un hermano, fui desposeído de reina, vida y corona, todo de una vez. Y en la flor de todos mis pecados, sin viático, sin sacramentos, sin unción, sin la cuenta de mis deudas, enviado a responder de todas mis culpas e imperfecciones. No dejes que el lecho real de Dinamarca sea tálamo de lujuria y criminal incesto. No importa el modo en que lo lledes a cabo, pero no dejes que tu alma se contamine, o intente daño alguno contra tu madre; encomiéndala al cielo y también a las espinas que se alojan en su pecho para herirla y torturarla. Adiós pues, la luciérnaga anuncia la llegada del alba su débil luz empieza a palidecer. Adiós, adiós, Hamlet. Recuérdame siempre.

Sale

HAMLET: ¿Recordarte ... a ti? Sí, pobre espectro, mientras quede memoria en esta esfera desorbitada. ¿ Recordarte.. a ti? Sí, pobre ex espectro, mientras quede memoria en esta esfera desorbitada. ¿Recordarte... a ti? Sí, borraré de las tablas de mi memoria todo recuerdo frívolo, todas las sentencias de los libros, todas las formas, las impresiones del pasado grabadas allí por la juventud y la experiencia, para que sólo tu mandato viva en el libro y las páginas de mi cerebro sin nada que lo infecte. ¡Oh cielos! ¡Oh, mujer perversa! ¡Oh, villano! ¿Sonríes? ¡Villano, maldito villano! Tomaré nota. Bueno será que lo escriba – que se pueda sonreír y sonreír, y ser un villano, y que así al menos sucede en Dinamarca. ¡Ea pues, tío mío! ... Y ahora, mi palabra... ¿Cómo decía? “ Adiós, adiós Recuérdame siempre” Lo he jurado.

Desde dentro.

MARCELO Y HORACIO: ¡Señor, mi señor!

Entran.

MARCELO: ¡Lord Hamlet!

HORACIO: ¡Que el cielo lo asista!

HAMLET: ¡ Así sea!

HORACIO: ¡Eh, oh, oh, oh, mi señor!
14.

MARCELO: ¿Cómo estáis, mi señor?

HORACIO: ¿Traéis noticias, señor?

HAMLET; ¡ Extraordinarias!

HORACIO: Contadnos, señor.

HAMLET: No, que me descubriréis.

HORACIO: No, por todos los cielos, mi señor.

MARCELO: No haremos tal, señor.

HAMLET: ¿Qué no lo diréis? ¿Puede un pecho humano guardarlo?
¿ Lo tendréis en secreto?

MARCELO Y HORACIO: Sí, por el cielo, señor.

HAMLET: Es un espectro honrado, permitídmelo. Vosotros queréis saber
qué hay entre nosotros. Paciencia, paciencia. Bien amigos, - porque soís
mis amigos – condiscípulos y soldados, concededme un favor.

HORACIO: ¿Qué es señor? Lo haremos.

HAMLET: Nunca reveléis a nadie lo que habéis visto esta noche.

MARCELO Y HORACIO: No lo haremos, señor.

HAMLET: Juradlo.

HORACIO: Lo juro por mi honor.

MARCELO: Por mi honor, lo juro.

HAMLET: Jurad sobre mi espada.

MARCELO:

MARCELO: Ya hemos jurado, mi señor.

HAMLET; ¡Sobre mi espada!

ESPECTRO: ¡Jurad!

15.

HORACIO: Proponed la formula, señor.

HAMLET: Que nunca hablaréis de lo que habéis visto, jurad sobre mi espada.

ESPECTRO: ¡Jurad!

HORACIO: ¡Qué extraño es todo esto!

HAMLET: Como a extraño dadle, pues, la bienvenida. Hay mas cosas en la tierra y en el cielo, Horacio, de las que tu filosofía pudo inventar. Pero venid, acercaos, ahora, como antes, jurad que nunca, y el cielo os asista, por muy extraña que os parezca mi conducta (y quizá en lo sucesivo considere oportuno vestirme de lunática actitud) jurad, digo, aunque de esa manera me veáis., que nunca, con movimientos de brazos o de cabeza, o con dudosas frases del estilo de “A sí, sí, ya sabemos...”o “Si nosotros habláramos – o – “Si quisiéramos” o “Sabemos de alguien que si quisiera...”y otras señas de apariencia ambigua que nunca afirmaréis saber de mi. Jurad, os digo, - la gracia y la merced de Dios os ayuden – que no haréis tal.

ESPECTRO: ¡Juradlo!

HAMLET: ¡ Reposa en paz, reposa... ánima en pena! Reposa en vosotros, caballeros, todo mi afecto y mi cariño. Que, aunque pobre, este Hamlet puede daros prueba de todo su amor y amistad, que no han de faltaros con la ayuda de Dios. Entremos... Ya sabéis: los dedos en los labios, os lo ruego. El mundo está fuera de juicio... ¡Suerte maldita! Que haya tenido que nacer yo para enderezarlo. . Ea, venid conmigo, vayamos.

Salen.

Acto II Escena I

Entran Polonio y Ofelia.

POLONIO: ¿Qué es ello, Ofelia? ¿Qué sucede?

OFELIA: ¡Oh, señor! ¡Mi señor! ¡He sentido tanto miedo!

POLONIO: ¿ Que ha sucedido; en el nombre de Dios?

OFELIA: Estaba yo cosiendo en mi estancia, señor, cuando el príncipe Hamlet – su cabeza descubierta, su jubón sin ceñir, sus medias todas sucias, sin ligas, y caídas hasta los tobillos, pálido como su blusón, las rodillas temblando, y
15.

con un aspecto tan lamentable como si escapado del infierno quisiera contarnos sus horrores – cuando él, Hamlet, vino a mi encuentro.

POLONIO: ¿Loco de amor por ti?

OFELIA: No sabría decirlo, mi señor. Pero me asusta pensarlo.

POLONIO: ¿Y que te dijo?

OFELIA: Tomó mi brazo con fuerza, mucha fuerza, apartándome luego a la distancia del suyo, y con su otra mano puesta sobre la frente escudriñó mi rostro, como si lo fuera a dibujar... Por largo tiempo... Después sacudió mi brazo, y moviendo así tres veces la cabeza, arriba y abajo, exhaló un suspiro tan lastimero y profundo que pareció como si fuera a romperse su ser todo, o hubiera llegado el fin de su vida... Me soltó luego y así, vuelta la cabeza por encima del hombro, pudo encontrar su camino hacia la puerta sin ayuda de sus ojos, así que salió sin dejar de tener su luminosa mirada fija en mi.

POLONIO: Ven conmigo. He de ver al rey. Eso es locura de amor, que se destruye con su propia violencia, conduciendo al deseo a empresas desesperadas, tan a menudo como cualquier otra pasión de las que bajo las estrellas perturban nuestra naturaleza. Lo siento... ¿Le dirigiste en estos días palabras que lo hirieran?

OFELIA: No, señor, pero tal como vos ordenasteis le devolví sus cartas, negándole el acceso a mi persona.

POLONIO: Por eso debe haber enloquecido. Me duele no haberle observado con mayor premura y cautela. Tuve miedo que fuera una treta para lograr perderte. ¡Maldito sea mi celo! Por los cielos que es común a nuestra edad que nos excedamos en nuestros juicios, tal lo es que a los jóvenes les falte la discreción. Ea, vayamos a ver al rey. Es menester que esto se sepa, pues más tormento causaría callarlo que rencor descubrirlo.

Salen.

Escena II Acto II
Trompetas.

Salen el Rey, la Reina, Rosencrantz y Guildenstern.

REY; Bienvenidos, queridísimos Rosencrantz y Guildenstern. Habréis oído hablar de la transformación que Hamlet ha sufrido. Os ruego a los dos, puesto que os habéis criado juntos desde la niñez, y sois semejantes en temperamento y edad, 16.

que os dignéis permanecer aquí en la corte por algún tiempo. Y, en compañía vuestra, podáis inducirlo a los placeres y descubrir, en ocasión propicia, qué cosa para nosotros desconocida le causa esta aflicción que, descubierta, encuentre en nuestras manos el remedio.

REINA: Amigos míos, tanto os nombra él a vosotros, que cierto estoy que no hay dos personas en el mundo que él más estime que . Si fuera de vuestro agrado mostrarnos gentileza y buena voluntad quedándoos algún tiempo con nosotros y alimentar así nuestra esperanza, tanta gratitud merecería vuestra atención como corresponde al rey ofrecer.

ROSENCRANTZ: Vuestras majestades pueden, por la autoridad que tienen sobre nosotros, solicitar tales deseos más como mandato que como súplica.

GUILDENSTERN: Obedeceremos ambos, y ofrecemos sin reserva nuestro servicio Totalmente a vuestros pies según queráis mandarnos.

REY: Gracias, gentil Rosencrantz y Guildenstern.

REINA: Gracias, mis gentiles Guildenstern y Rosencrantz, os pido que al instante visitéis a nuestro hijo, ya tan otro. Que alguien acompañe a estos caballeros donde está Hamlet.

GUILDENSTERN: Que los cielos hagan grata nuestra presencia y útiles nuestros actos.

REINA: Amén.

**Salen Rosencrantz y Guildenstern.
Entra Polonio.**

REY: Siempre fuiste padre de noticias gratas.

POLONIO: ¿Es eso cierto, señor? Os aseguro, mi soberano que mis servicios todos – así como mi alma- están consagrados a Dios y a mi bondadoso rey; y pienso – a menos que mi entendimiento no haya sabido seguir el rastro, tal y como solía – que he dado con la causa verdadera de la locura del príncipe Hamlet.

REINA: Temo que se reduzca a una sola: la muerte de su padre y nuestro precipitado matrimonio.

POLONIO: Vuestro noble hijo está loco. Le llamo loco, pues para definir la locura verdadera, que se puede decir, sino que está loco. Pero sigamos.

REINA: Mas sustancia y menos arte.

POLONIO: Os juro señora, que no uso arte en lo absoluto. Aunque es verdad que está Loco, y es verdad que es una pena, y es una pena que sea verdad... ¡Qué figura tan torpe!.. Pero, basta, que no he de usar arte. Admitámosle loco; y ahora queda que encontremos la cusa de ese efecto, o mejor, la causa de ese defecto, pues ese defectuoso efecto proviene de una causa y, por eso, queda así quien así se queda. Pensadlo bien: tengo una hija – bueno, la tengo mientras es mía – quien cumpliendo con deber y obediencia, me ha entregado esto. Oíd y juzgad.

Lee la carta

Para el angelical ídolo de mi corazón, la muy herloseada Ofelia – esto va todo en una frase vil, una vil frase; herloseada es una frase vil – pero aún pone más: “en su puro y níveo seno, estas etc, etc., etc...”

REINA: ¿ Y Hamlet le envió esto a ella?

POLONIO: Esperad un momento, señora. Leeré literalmente:

“Duda que las estrellas tengan fuego.

Duda de que el sol se mueva.

Duda si la verdad no es mentira.

Pero que yo te amo, no lo pongas en duda.”

Sí, mi querida Ofelia. Soy muy torpe para hacer versos, y me falta arte para exponer mi ansia... pero te amo, tanto y tanto. Créeme. Adiós

“Tuyo por siempre, querida dama mía, mientras esta máquina le pertenezca.

Hamlet.

Esto en estricta obediencia, me ha entregado mi hija.

REY: ¿Y ella? ¿Aceptó ella su amor?

POLONIO: ¿Así pensáis de mi?

REY: Pienso que sois hombre fiel y honorable.

POLONIO: Y quisiera demostrarlo. Yo fui directo al asunto y de esta manera hablé a mi Hija: “El príncipe Hamlet está, por rango, fuera de tu órbita. No es para ti.” Y entonces le ordené que se alejara de su trato, que no permitiera mensajes, o recibiera regalos. Y así hecho, ella hizo caso de mis advertencias y él, al verse desdeñado – en muy breves palabras – cayó primero en la tristeza, luego en el ayuno, después vino el insomnio y, tras él, la debilidad. Más

tarde los caprichos, de ahí el abatimiento, hasta llegar a la locura que ahora le hace desvariar y que todos lamentamos.

REY: ¿Pensáis que esa es la causa?

REINA: Puede ser, es muy probable.

POLONIO: Pues separad esto de estotro, si ahora no es lo mismo. Si las circunstancias m apremian, encontraré donde se oculta la verdad aunque se esconda allá en lo más profundo.

REY: ¿Y qué haremos para tener esas pruebas?

POLONIO: ¿Sabíais que a veces pasea hasta cuatro horas por estas galerías?

REINA: Es muy cierto.

POLONIO: Cuando vuelva a hacerlo, haré que mi hija se le aproxime. Vos y yo nos Esconderemos tras los tapices para presenciar su encuentro. Si no la ama, y no es esa la razón de que haya perdido el juicio, cese yo en todo menester de gobierno y váyame a tirar del carro en una granja.

REY: Probémoslo.

Entra Hamlet leyendo un libro.

REINA: Aquí llega - ¡que triste! – leyendo con gesto grave.

POLONIO: Os lo ruego, retiraos. Le abordaré ahora mismo. Perdonadme...

Salen el Rey y la Reina.

¿Cómo estáis, mi señor Hamlet?

HAMLET: Bien, gracias a Dios.

POLONIO; ¿Sabéis quien soy, señor?

HAMLET: Si, muy bien. El pescadero.

POLONIO: No, mi señor. No soy tal.!

HAMLET: Entonces me gustaría que fueras honrado.

POLONIO: ¿Honrado, señor?

HAMLET: Tenéis una hija?

POLONIO: Sí, señor.

HAMLET: ¡No la dejéis tomar el sol!.. ¡Gran bendición es concebir! Pero del modo que vuestra hija podría concebirlo... ¡Alerta, amigo, alerta!

POLONIO: ¿Qué estáis leyendo, mi señor?

HAMLET: Palabras, palabras, palabras.

POLONIO: ¿Y de qué tratan?

HAMLET: ¿Tratan? ¿Quiénes tratan?

POLONIO: Quiero decir, de que trata lo que leéis, señor.

HAMLET: ¡Calumnias! Este satírico sinvergüenza afirma aquí que los viejos tienen la barba gris, y la cara arrugada, y sus ojos supuran ámbar viscoso y resina de ciruelo, y tienen una falta total de juicio. En cuanto a vos, señor, podríais cumplir mis años si andarais hacia atrás como los cangrejos...

POLONIO: Loco como está, no deja de hablar con cierto método... ¿Por qué no vamos señor, adonde no dé el aire?

HAMLET: ¿A la tumba?

POLONIO: Allí no da el aire, no! He de dejarle y buscaré la forma inmediata de que se encuentren él y mi hija... Mi noble señor, humildemente os pido licencia para retirarme.

HAMLET: No podrías haber pedido nada que yo os diera con mayor gusto... salvo mi vida, salvo mi vida...

Entran Rosencrantz y Guildenstern.

POLONIO: Quedad con Dios, señor.

HAMLET: ¡Viejo tedioso y aburrido!

POLONIO: ¿Buscáis a mi señor Hamlet? Ahí lo tenéis.

Sale.

ROSENCRANTZ: ¡Dios os guarde, señor!

GUILDENSTERN: ¡Mi estimado señor!

ROSENCRANTS: Mi muy querido señor.

HAMLET Mis muy queridos amigos. ¿Cómo estáis, Guildernstern? ¿Y vos, Rosencrantz? Mis buenos camaradas, ¿estáis bien? ¿Cómo os va?

ROSENCRANTZ: Como les suele ir a los mortales de esta tierra.

HAMLET: Ahora, hablando entre amigos, ¿qué os trae a Elsinore?

ROSENCRANTZ: Visitaros a vos, señor. Nada más.

HAMLET: Tan pobre soy que lo soy hasta en dar las gracias; pero os lo agradezco de verdad. ¿Nadie os mandó llamar? ¿O vinisteis por propia voluntad? ¿Quizás espontáneamente? ¡Venga habladme con sinceridad, venga!

GUILDENSTERN: ¿Y qué tenemos que decir, mi señor?

HAMLET: Habéis sido llamados. Me consta que el rey y la reina requirieron vuestra presencia.

ROSENCRANTZ: ¿Con qué fin?

HAMLET: Eso lo tenéis que decir vosotros. Sed francos conmigo: ¿fuisteis o no llamados?

ROSENCRANTZ: (a GUILDENSTERN) ¿Qué decís vos?

GUILDENSTERN: Mi señor, nos mandaron a llamar.

HAMLET: Desde hace un tiempo – no sé la razón – he perdido la alegría y abandonado todas las ocupaciones; me encuentro con un abatimiento tal que esta hermosa creación, la tierra, me parece un estéril calvario. Esa maravillosa bóveda del cielo, la atmósfera, el bello firmamento que hay sobre nosotros, ese techo adornado de oro fulgurante... se me aparece como pestilente conjunto de inmundos vapores. ¡Qué obra de arte es el hombre! ¡Cuán noble la razón y cuán infinitos los dones que posee! ¡Cuán expresivo y maravilloso es su movimiento! ¡Y sus acciones, cuán angelicales, y su inteligencia, cuán semejante a la de un dios!...El es la gloria del mundo, el es el gran modelo de otros seres. Y sin embargo, para mí, ¿por qué es sólo la

quintaesencia del barro? No me siento atraído por los hombres, pero tampoco por las mujeres, aunque queráis significar con vuestra sonrisa otra cosa.

ROSENCRANTZ: No, no pensaba en nada, señor.

HAMLET: ¿Por qué os reáis cuando dije: “No me siento atraído por los hombres?”

ROSENCRANTZ: Pues porque si no halláis deleite en el hombre, muy cuaresmal recibimiento van a tener los cómicos.

Suenan trompetas por la llegada de los cómicos.

GUILDENSTERN: Ahí están los comediantes.

HAMLET: Bienvenidos seáis entonces a Elsinore, caballeros. Vengan esas manos. Y con la bienvenida, vengan cumplimientos y toda la ceremonia! Permitid que os haga esta acogida, no vaya a resultar que el recibimiento a los cómicos desmerezca el que os dispenso a vosotros.

Entra Polonio

POLONIO: Saludo a vuestras señorías. Los actores han llegado, mi señor.

HAMLET: ¡Sí, sí!

POLONIO: Os lo juro, por mi honor.

HAMLET: ... que llegaron montados en sus burros.

POLONIO: Se trata de los mejores actores del mundo, ya sea para tragedia, comedia, drama histórico, comedia pastoril, pastoral-cómica, histórico pastoril, trágico-histórica, trágico-cómico-histórico-pastoril... escena indivisible o poema limitado. Sujetos a las normas o por lo libre, no hay mejores actores en el mundo.

Entran cuatro o cinco cómicos.

HAMLET: Sed bienvenidos, amigos míos, muy bienvenidos. ¡Qué alegría veros tan bien! Bienvenidos. ¡Oh, mi querido amigo! ¡Tu rostro se llenó de pelo desde la última vez que nos vimos! Y vos, mi joven y adorada señora. ¡Por la virgen! ¡Miradla! ¡La dama está más cerca del cielo que la última vez que la ví montada en el coturno! Ruego a voz que vuestra voz de oro no esté cansada, como moneda falsa.

Amigos, sed todos bienvenidos. Señor, acoged a los actores como se merecen. Que reciban el mejor trato, pues ellos son el resumen y las crónicas breves del tiempo.

POLONIO: Señor serán tratados tal y como se merecen.

HAMLET: Por el cuerpo de Cristo, ¡mucho mejor! Id con él, amigos. Mañana habrá representación. Escucha, viejo amigo, ¿no podríais interpretar “La muerte de Gonzado”?

PRIMER ACTOR: sí, mi señor.

HAMLET: Quiero que sea mañana. ¿Podríais, si fuera necesario, estudiaros doce O dieciséis líneas que yo intercalaría? ¿Podríais?

PRIMER ACTOR: Si, mi señor.

HAMLET: Muy bien. Seguid a aquel caballero y ¡cuidado! No vayas a hacer burla de el.

Salen los cómicos.

Os dejo hasta la noche, amigos. Os doy la bienvenida a Elsinore.

ROSENCRANTZ: Mi buen señor.

Salen Rosencrantz y Guildenstern.

HAMLET: ¡Ah, qué miserable, que abyecto esclavo soy! ¿Soy yo un cobarde? Pero ¿quién osaría llamarme villano? ¿Quién, golpearme en el rostro ¿Quién osaría?... Por Dios que habré de soportarlo, pues debo tener entrañas de paloma sin hiel para no haber dado hace tiempo amargo castigo al miserable y cebado a todos los milanos del cielo con los despojos de ese vil villano. ¡Ay, venganza!...!Pero soy un asno! ¡Brava cosa es que el hijo a cuyo padre querido han asesinado y a quien cielo e infierno incitan a vengarse, desahogue su corazón de mujerzuela charlando y gruñendo como una ramera o un eunuco de burdel! ¡Qué asco! ¡Despierta pensamiento! ... He oido yo contar de criminales que, viendo una obra de teatro, tan hondamente sobre cogidos se han sentido por la ilusión de la escena, que confesaron ante los presentes sus fechorias; pues el crimen, aunque no tiene lengua, puede hablar por medios maravillosos. Yo haré que estos actores representen ante mi tío una escena que recuerde el asesinato de mi padre. Observaré sus gestos, le sondearé hasta el fondo y, si se altera, ya sé lo que he de hacer. Debo adquirir pruebas más ciertas. Y la obra será la trampa donde cogeré la conciencia del rey.

Fin del II Acto

III Acto

Escena I

Entran el rey, la reina, Polonio, Ofelia, Rosencrantz y Guildenstern.

REINA: ¿Os recibió bien?

ROSENCRANTZ: Con absoluta cortesía.

GUILDENSTERN: Pero forzando mucho su natural inclinación.

ROSENCRANTZ: Y muy parco al preguntar y pronto a responder a todas nuestras preguntas.

REINA: ¿Le tentasteis con propuestas de diversión?

ROSENCRANTZ: Se da la circunstancia, señora, que en el camino topamos con unos actores. Le hablamos de ellos. Y pareció, al oírnos, sentir un gran gozo. Se han quedado aquí en la corte y creo que ya tienen instrucciones para actuar esta noche ante él.

POLONIO: Cierto, y me ha pedido que invite a vuestras majestades a escuchar y presenciar la función.

REY: Será un gran placer. Mucho me alegra oír que se encuentra tan dispuesto. Seguid dándole estímulos, caballeros. Haced que se incline a esa clase de diversiones.

ROSENCRANTZ: Así lo haremos, mi señor.

Salen Rosencrantz y Guildenstern.

REY: Retiraos vos también, mi dulce Gertrudis, pues hemos llamado en secreto a Hamlet para que, como si fuera casualidad, se encuentre con Ofelia.

REINA: Lo haré obedientemente. En cuanto a vos, Ofelia, espero y deseo que los males de Hamlet tengan su origen en tus dulces encantos. Ojalá tus virtudes le devuelvan su acostumbrado ánimo, para bien de su honor y del vuestro.

OFELIA: ¡Así sea!

Sale la reina.

POLONIO: Pasead por aquí, Ofelia... Majestad, vos y yo, nos esconderemos... Lee de este libro. Mostrar tan devoción hará que tu soledad parezca creíble. Oh cuán a menudo merecemos reprobación, pues es evidente que un rostro devoto y una actitud piadosa pueden llegar a hacer dulce al mismísimo diablo. ¡Ya viene! Escondámonos majestad.

Salen el rey y Polonio. Entra Hamlet.

HAMLET: Ser o no ser... He ahí el dilema. ¿Qué es lo mejor para el alma, sufrir Insultos de Fortuna, golpes, dardos, o levantarse en armas contra el océano del mal, y oponerse a él y que así cesen? Morir, dormir... Nada más; y decir así que con un sueño darnos fin a las llagas del corazón todos los males, herencia de la carne, y decir: ven, consumación yo te deseo. Morir, dormir, dormir... ¡Soñar acaso! ¡Qué difícil! Pues en el sueño de la muerte ¿qué sueños sobrevendrán cuando despojados de ataduras mortales encontremos la paz? He ahí la razón por la que tan longeva llega a ser la desgracia. ¿Pues quien podrá soportar los azotes y las burlas del mundo, la injusticia del tirano, la afrenta del soberbio, la angustia del amor despreciado, la espera del juicio, la arrogancia del poderoso, y la humillación que la virtud recibe de quien es indigno, cuando uno mismo tiene a su alcance el descanso en el filo desnudo del puñal? ¿Quién puede soportar tanto? ¿Gemir tanto? ¿Llevar de la vida una carga tan pesada? Nadie, si no fuera por ese algo tras la muerte – ese país por descubrir, de cuyos confines ningún viajero retorna – que confunde la voluntad haciéndonos pacientes ante el infortunio antes de volar hacia un mal desconocido. La conciencia, así, hace a todos cobardes y, así, el natural color de la resolución se desvanece en tenues sombras del pensamiento; y así empresas de importancia, y de gran valía, llegan a torcer su rumbo al considerarse para nunca volver a merecer el nombre de la acción. Pero, silencio... la hermosa Ofelia ¡Ninfa, en tus plegarias, jamás olvides mis pecados!

OFELIA: Señor, ¿Cómo os halláis, Alteza, después de tantos días?

HAMLET: ¡Oh, gracias humildemente... Bien, bien, bien!

OFELIA: Mi señor, guardo de vos algunos obsequios que hace tiempo quiero devolveros. Os lo ruego, tomadlos ahora.

HAMLET: Nada os he dado.

OFELIA: Sabéis señor, que sí que me los disteis, y también que iban acompañados del palabras de un aliento dulce que los hacían

mas preciosos. Perdido su perfume, tomadlos ahora, pues para el noble corazón, regalos ricos, en pobres de tornan, cuando provienen de la crueldad. Tomadlos, mi señor.

HAMLET: Antes yo os amaba.

OFELIA: En verdad, señor, que así me lo hicisteis creer.

HAMLET: No teníais que haberme creído. Yo no te amaba.

OFELIA: Tanto mayor fue mi decepción.

HAMLET: Enciértrate en un convento. ¿Para que habríais de parir hombres del pecado. Somos todos canallas. No te fíes de la gente como yo. Ea, vete a un convento. ¿Dónde está vuestro padre?

OFELIA:: En casa, mi señor.

HAMLET: Procura que estén bien cerradas las puertas para que no vaya a hacer el estúpido en otro lugar sino en su casa. Adiós.

Sale.

OFELIA: Oh noble inteligencia perdida. Con ojos, lengua y espada del soldado, el cortesano y el discreto. Flor y esperanza del reino. Aquellas formas incomparables de su juventud se han marchitado con el delirio. ¡Haber visto lo que he visto y presenciar esto ahora!

Sale. Entran el rey y Polonio

REY: ¿Amor? No van sus sentimientos por ese camino. Algo oculta su alma y mucho temo que, al surgir, amanezca la amenaza. Para prevenirlo he tomado una decisión súbita. Saldrá sin tardanza hacia Inglaterra y que allá reclame el tributo que nos adeudan. Ojalá los nuevos mares y países varios, y toda la diversidad que vea arranquen de su corazón lo que tan profundamente tiene arraigado.

POLONIO: Haced como gustéis, señor. Pero, si no os parece mal, tras la representación, dejemos que la reina, su madre, lo llame a solas para que descubra sus penas. Que ella le hable claro, y a mí, permitidme que, oculto, preste mi oído a lo que dicen. Si nada consigue ella, enviémosle a Inglaterra, o recluidle donde el buen juicio estime conveniente.

REY: Así será. La locura de los grandes no debe quedar sin vigilancia.

Salen

Acto III Escena II

Entran Hamlet y tres de los actores.

HAMLET: Decid los versos, os lo suplico, como yo los he recitado, que salgan con naturalidad de vuestra lengua. Si los declamáis a la manera que usan muchos actores, mejor sería dárselos a un pregonero para que los recitara. Ni hagan de sierra lustras manos como queriendo cortar el aire... antes bien usadlas con delicadeza. Pues en el torrente, tempestad, en el torbellino – por decirlo así- de vuestra pasión, habéis de hacer alarde de templanza, de mesura. Me destroza el alma oír a un rozado, espelucado actor, destrozar y hacer jirones la pasión que interpreta, atronando los oídos de la chusma, que no son capaces de entender nada que no sean las pantomimas y el estruendo. Haría azotar a los que así obran por sobreactuar el papel. Es como ser más Herodes que el propio Herodes. Os lo ruego, evitadlo.

PRIMER ACTOR: Lo aseguro a vuestra alteza.

HAMLET: Ajustad en todo la acción a la palabra, la palabra a la acción... procurando además no superar en modestia a la propia naturaleza, pues cualquier exageración es contraria al arte de actuar, cuyo fin – antes y ahora – ha sido y es – por decirlo así – poner un espejo ante el mundo; mostrarle a la virtud su propia cara, al vicio su imagen propia y cada época y generación su cuerpo y molde. Y esto sin exageraciones en uno u otro sentido, pues, aunque hacen reír a los necios, irritan a los discretos, cuya crítica – aunque de uno sólo se trate – debe pesar más en vosotros que la de un teatro lleno de los más torpes. Sé de actores a los que he visto en escena – a los que he oído elogiar y mucho!, que se pavoneaban y gritaban de modo tal que llegué a pensar si no se trataba de aprendices de la naturaleza y no de hombres, pues que tan detestablemente imitaban a los humanos.

PRIMER ACTOR: Confío en que nosotros ya hayamos corregido, en parte, todo esto.

HAMLET: Corregidlo del todo. Ea, id a prepararos.

Se van los actores y Hamlet llama a Horacio.

HAMLET: ¡Horacio!

HORACIO: Aquí estoy señor, a vuestras órdenes.

HAMLET: Horacio, sois el hombre más ecuánime que jamás conocí.

HORACIO: Mi señor.

HAMLET: ¡No es adulación, no! ¿Qué ventajas me puedes ofrecer si no tienes más patrimonio que tus buenas dotes para alimentarte y vestirte? ¿Por qué adular al pobre? Dóblese la servil rodilla donde el beneficio siga a la lisonja. ¿Entiendes? Pero vasta ya. Esta noche habrá representación ante el rey, una de cuyas escenas tiene parecido con todo lo que te referí sobre la muerte de mi padre. Te suplico que, cuando llegue ese momento, con toda la intensidad de tu alma observes a mi tío. Mírale con atención, que por mi parte también yo clavaré mis ojos en su cara. Después contrastaremos nuestra opinión para juzgar su apariencia.

HORACIO: Bien, mi señor. Si durante la representación roba algo a mi observancia, yo pagaré el hurto.

Marcha danesa. Suenan trompetas. Entran el rey, la reina, Polonio, Ofelia, Rosencrantz, Guildenstern, nobles del séquito y la guardia portando antorchas.

HAMLET: Ya llegan para el espectáculo. He de fingir. Tu toma asiento.

REY: ¿Cómo os va, sobrino Hamlet?

HAMLET: Oh, muy bien. Como del aire cual camaleón y engordo con la esperanza.

REY: Nada tengo que ver con esas respuestas, Hamlet. Esas palabras no me conciernen.

HAMLET: No, ni a mi tampoco. (**A Polonio**) Señor, vos fuisteis actor en la universidad, ¿no?

POLONIO: Sí, y muy bueno que era según dicen.

HAMLET: ¿Qué interpretasteis?

POLONIO: ¡Hice Julio Cesar! Me mataban en el Capitolio. Bruto me mataba.

HAMLET: Bruto tenía que ser quien matara a un amigo y compañero del senado. ¿Están preparados los actores?

ROSENCRANTZ: Señor... esperan vuestras ordenes.

REINA: Venid conmigo, querido Hamlet. Sentaos junto a mi.

HAMLET: No, querida madre. Que hay por aquí imán más atractivo. ¿Me Dejáis poner la cabeza en vuestro regazo?

OFELIA: No, mi señor.

HAMLET: Tan sólo he dicho la cabeza... en el regazo

OFELIA: Sí, mi señor.

HAMLET: ¿Qué otra cosa pensasteis que tenía en la cabeza?

OFELIA: No pensé nada, mi señor.

HAMLET: Bello pensamiento entre las piernas de una doncella.

OFELIA: ¿Cómo, mi señor?

HAMLET: Nada.

OFELIA: Estáis de buen humor, mi señor.

HAMLET: ¿Quién, yo?

OFELIA: Sí, mi señor.

HAMLET: ¿Por qué no puedo estar alegre? Mirad cuan feliz es mi madre y mi padre murió hace apenas dos horas.

OFELIA: Querréis decir el doble de dos meses.

HAMLET: ¿Ya tanto? ¡Cielos... dos meses muerto y aún sin olvidar! ¿Cuánto cabe esperar que sobreviva al gran hombre su memoria?

Música de oboes. Empieza la pantomima. Entran el rey y la reina en actitud amorosa, la reina le abraza y el a ella. Ella, arrodillada, hace protestas de amor. El la levanta, reclina su cabeza sobre su hombro y se tiende sobre un lecho de flores. Ella al verlo durmiendo, lo abandona. Luego entra alguien que le quita al rey su corona, la besa, vierte veneno en los odios del rey y se marcha. Vuelve la reina, encuentra al rey muerto y gesticula apasionadamente. El envenenador con otros dos o tres que le acompañan vuelve a entrar y, como ella, hace muestras de dolor. Se llevan el cuerpo sin

vida. El envenenador agasaja a la reina con regalos. Ella se resiste pero acaba por aceptar su amor. SALEN.

OFELIA: ¿Qué quiere decir esto, mi señor?

HAMLET: Por mi fe, iniquidad y sólo iniquidad. ¡Traición, lo llaman!

Entra el prólogo.

PROLOGO: Para nosotros y la tragedia
Vuestra clemencia le pedimos
Y también os pedimos vuestra paciencia.

Entran dos actores como el rey y la reina

ACTOR REY: Treinta veces repetidas doce lunas han brillado
por el ancho mundo, con un fulgor prestado.
Desde que Himeneo y Amor nuestras manos fundaron:
con lazos sacratísimos los unieron.

ACTOR REINA: Muchas otras jornadas verán la luna y el sol
antes que pueda extinguirse nuestro amor.
Pero, ay de mí, que tan enfermo te encuentro,
tan abatido, tan sin antiguo contento,
que mucho temo por vos, que por vos yo temo
mas no os perturbéis os lo ruego.

ACTOR REY: Os debo dejar y será pronto, amor,
siento que voy desfalleciendo, pero vos,
amada mía, tras de mí, seguiréis viviendo
honrada, amada y acaso halagada
por alguien que sea más digno. ..

ACTOR REINA: Oh, basta, basta.
que cualquier otro amor traición sería en mi pecho,
que aquella que segundo marido ha tomado
con evidencia demuestra que al primero ya ha matado.

Lo que a segundas nupcias movió
son razones de lucro, no de amor.
Por dos veces asesinó al esposo que ya ha muerto
ni este segundo marido me besaré en mi lecho.

ACTOR REY: Que a o que pensáis correspondéis en el decir lo creo,
pero a veces vanas con las cosas que prometemos.
Esclavo de la memoria es nuestro propósito siempre,

que nace con valentía pero apenas permanece;
Necesario será que pagar olvidemos
a nosotros mismos lo que nos debemos,
pues lo que apasionados, prometemos un día
en propósito queda cuando pasión se olvida.
Nos pertenecen nuestros pensamientos, no las realidades.
Así en no tomar segundo esposo pensáis vos,
pero cuando el muera, con él lo hará vuestra intención.

ACTOR REINA: Que todas las contrariedades enemigas del placer
palidezcan y destruyan mi felicidad,
Que aquí y ahora me vea perseguida por la adversidad
sí, ya viuda, nupcias de nuevo vuelvo a contraer.

ACTOR REY: Solemne ha sido el juramento. Dejadme, amada, ahora.
Me abandonan mis fuerzas. Con el sueño deseo
engañar el tedio que me cubre. (DUERME)

ACTOR REINA: Que te arrulle el sueño, que nunca la desgracia entre nosotros se
interponga. (SALE)

HAMLET: Madre, ¿la función os complace?

REINA: Creo que la reina promete demasiado.

HAMLET: Oh... pero mantendrá su palabra.

REY: ¿Conoces el argumento? ¿Hay en él algo ofensivo?

HAMLET: No, no... Todo es broma. Veneno de broma... nada ofensivo.

REY: ¿Cómo se llama la obra?

HAMLET: La ratonera. ¿Por qué? , me diréis. Es una metáfora. Esta obra representa un
Asesinato cometido en Vierna. El duque se llama Gonzago y su esposa,
Bautista. Ahora lo veréis. Es una perfecta canallada. ¡Pero no importa!
Vuestra majestad y yo tenemos el alma limpia y en nada nos afecta.
(Entra Luciano) Este es Luciano, sobrino del rey. Venga, empieza, asesino..
que ya grazna el cuervo y grita venganza.

LUCIANO: Astuta mano, droga eficaz, negro el designio,
Momento crítico, cómplice ocasión y sin testigos,
Tu poción venenosa, infecta de nocturnas plantas
Y por Hécate tres veces maldecida,
que tu crueldad natural y que tu magia
de arranquen en su plenitud la vida.

Vierte el veneno en los oídos del rey.

HAMLET: Le envenena en el jardín y le arrebató el poder. Se llama Gonzago: la historia es verdadera y circula escrita en selecto italiano. También veréis cómo el asesino roba el amor de su mujer a este Gonzago.

OFELIA: ¡El rey se levanta!

HAMLET: ¿Cómo? ¿Se asusta por fuegos de artificio?

REINA: ¿Cómo os sentís, señor?

POLONIO: ¡ La representación ha terminado!

REY: ¡Luces! ¡Luces! Salgamos.

POLONIO: ¡Luces! ¡Luces!

Salen todos, excepto Hamlet y Horacio.

HAMLET: Ay, buen Horacio. Apuesto mil libras a que el espectro tenía razón.
¿No os disteis cuenta?

HORACIO: Y tanto, mi señor.

HAMLET: ¿Cuándo hablaron del veneno?

HORACIO: No me perdí detalle.

Entra Polonio.

POLONIO: Señor, la reina os requiere con urgencia.

HAMLET: Entonces, iré pronto a ver a mi madre.

POLONIO: Se lo haré saber.

Sale.

HAMLET: Amigo, dejadme a solas.

Sale Horacio.

Llegada es la hora de maleficios nocturnos de tumbas que bostezan,
de infiernos que infectan con su hálito el mundo... ¡Silencio! Iré a ver a mi
madre. No te corrompas, corazón mío. Sea yo cruel, pero jamás

monstruoso. Diré palabras como puñales, pero sin llegar a usarlos. Y si esas palabras llegaran a ofenderla, oh, alma mía, no consientas que dejen huella.

Sale.

Escena III Acto III

Entran el rey, Rosencrantz y Guildenstern.

REY: Preparaos, que yo os proporcionaré credenciales, y el habrá de acompañaros a Inglaterra.

GULDENSTERN: Estaremos dispuestos, pues es sacrosanto deber dar protección a tantos a súbditos a quienes Vuestra Majestad gobierna y da sustento.

ROSENCRANTZ: Si es especial obligación de los hombres velar con todo su talento, vigor y armas por su vida, mejor será el deber cuando de esa vida dependen otras muchas. Cuando la Majestad muere no muere sola, sino que arrastra, como torbellino, cuanto le es próximo. No, nunca suspiró un rey sin que gimiera con él el universo todo.

REY: Preparaos de inmediato para este viaje de urgencia, pues hemos de poner freno a ese temor que ahora anda sin cadenas.

ROSENCRANTZ Y GULDENSTERN: Estaremos preparados.

Salen Rosencrantz y Guildenstern. Entra Polonio.

POLONIO: Mi señor, ya se dirige al aposento de su madre. Me esconderé tras los tapices. Lo escucharé todo. Quedad con Dios, señor. Iré a veros antes de que os retiréis pues he de referíroslo todo.

REY: Señor, os lo agradezco.

Sale Polonio.

Sucio es mi delito; su hedor llega hasta el cielo. Lleva la marca de la más antigua de las maldiciones: asesinar al hermano. Quisiera rezar, pero no puedo. Y aunque es mi inclinación tan grande como mi voluntad, la fuerza de mi delito vence a la de mi deseo. ¿Será que esta abominable mano se ha encallecido con la sangre fraterna? ¿No queda lluvia en el bendito cielo para dejarla limpia, blanca como la nieve? Cometí ya mi pecado. ¿Cuál será la oración que sirva a mi propósito? Diré “perdón por mi crimen”? No... no puede ser, puesto que estoy en posesión de todo lo que me hizo matar: mi corona, mi ambición, mi reina, ¿Ser perdonado y

retener todo aquello que es el fruto del crimen? Es el proceder corrupto de este mundo, la mano dorada del delito puede aplastar las leyes; también vemos a menudo cómo el perverso lucro puede sobornar la justicia. ¡Pero nunca en el cielo! Allí no cabe el engaño. ¿Qué hacer entonces? ¿Hay algo que yo pueda hacer? ¿El arrepentimiento? ¿Y si no puedo arrepentirme? ¿Qué hacer cuando el arrepentimiento no es posible? **(Se arrodilla)**

Entra Hamlet.

HAMLET: Puedo hacerlo ahora mismo; ¡ahora que está rezando! ¡He de hacerlo ahora! ¡Lo enviaré al cielo! ¿Será esa mi venganza? Veamos, un villano asesina a mi padre, y yo que soy su único hijo, a ese mismo villano lo envió al cielo... No, que eso sería premio y salario, pero no venganza. Detente espada. Elige el horror de otro momento; quizás cuando a más de ebrio, esté dormido o lleno de deseo, o en el placer de su lecho incestuoso divirtiéndose, o blasfemando, o en acción de condena segura. Atácale entonces y que dé coces contra el cielo y la maldición caerá sobre su alma y quedará negra como el infierno mismo donde será arrojado... Mi madre espera.

Sale Hamlet

REY: Vuelan mis palabras hacia el cielo, que no mis pensamientos. Palabras sin pensamientos, jamás llegan a lo alto. **(Sale)**

Escena IV Acto III

POLONIO: Decidle que su malicia ha llegado a ser intolerable, y que Vuestra Gracia ha tenido que interponerse entre el y la cólera que provoca. Yo permaneceré aquí en silencio. Os lo ruego, habladle claro.

HAMLET: **(Desde adentro)** ¡Madre! ¡Madre! ¡Madre! **(Polonio se esconde tras los tapices y Hamlet entra)**

¿Qué es ello, madre?

REINA: Habéis ofendido gravemente a vuestro padre, Hamlet.

HAMLET: Madre, vos habéis ofendido gravemente al mío.

REINA: Vamos, respondéis con indolencia.

HAMLET: Vamos, preguntáis con mordacidad.

REINA: ¿Olvidas quien soy?

HAMLET: ¡No, por la cruz de Cristo! Sois la reina, la mujer del hermano de vuestro marido. Y - ¡ojalá no fuera así! – también sois mi madre.

REINA: Yo os enviaré a quienes puedan y sepan hablaros.

HAMLET: ¡Ea! Sentaos. No habréis de moveros. No os dejaré ir hasta que ponga ante vos un espejo donde podáis ver asta el fondo de vuestro ser.

REINA: ¿Qué os proponéis? ¡Queréis asesinarme! ¡Socorro! ¡Socorro! ¡A mi!

POLONIO: ¡Socorro, socorro!

HAMLET: ¡Vaya, vaya! ¿Una rata? ¡Muerto!

Mata a Polonio.

REINA: ¿Qué habéis hecho?

HAMLET: ¿Es el rey?

REINA: ¡Oh, acción sanguinaria y violenta!

HAMLET: ¿Sanguinaria? Oh, mi buena madre, casi tanto como matar al rey y desposar a su hermano.

REINA: ¿Cómo matar al rey?

HAMLET: Esas fueron mi palabras, señora. ¡Adiós, pobre idiota, miserable, temerario, adiós! Os tomé por alguien de más rango. ¡Dejad de retorceros las manos! Os lo ruego, sentaos, que yo os retorceré el corazón - ¡ya lo creo! – si está hecho de materia penetrable, y si la costumbre del cual no lo ha endurecido y dejado a prueba de todo sentimiento.

REINA: ¿Qué he hecho yo para que os atreváis a usar vuestra lengua contra mí con palabras tan brutales?

HAMLET: Un acto, señora, que ofusca la gracia y hace sonrojar a la modestia.

REINA: ¡Ay de mí! ¿Qué acto es ese?

HAMLET: Mirad este retrato, y aquel otro. La imagen misma de los dos hermanos. Este era vuestro esposo y mirad también este otro. ¿Tenéis ojos? ¿Por que abandonasteis los pastos de aquella cima para pacer en la cienega? ¿Tenéis, en verdad, ojos? No me digáis que fue amor, pues a vuestra edad elbrío de la sangre está domado y ya es humilde esclavo de la prudencia. ¿Qué espíritu maligno pudo nublar y poner vendas en vuestros ojos? La vista sin el tacto, o el tacto sin la vista, los oídos sin manos ni ojos, el olfato sólo, o la parte más imperfecta de uno de los cinco sentidos no

habrían errado tanto. ¡Vergüenza! ¿Por qué no te sonrojas?

REINA: ¡No más palabras, Hamlet! Hacéis que mis ojos miren hasta el fondo de mi Alma donde veo manchas negras y profundas y no puedo borrarlas.

HAMLET: Sin embargo vivís en el hedor de un lecho de sudor infecto; en una ciénaga De corrupción, gozándoos y haciendo el amor entre inmundicias.

REINA: ¡No m habléis así! Vuestras palabras se clavan como dagas en mi oído.
¡Basta, mi dulce Hamlet!

HAMLET: ¡Un asesino! ¡Un miserable! Un esclavo que no vale ni la milésima parte De vuestro primer esposo. ¡Un rey de bastos! Un quitabolsas de este Imperio y de sus leyes que hurtó de las vitrinas una preciosa diadema Y la metió en su bolsillo.

REINA: ¡Basta, basta!

Entra el espectro.

HAMLET: ¡Un rey de andrajos y remiendos! ¡Vosotros, ángeles del cielo, salvadme!
¡Cubridme con vuestras alas! ¿Qué deseáis, noble figura?

REINA: ¡Ha perdido el juicio!

HAMLET: ¿Venís a reprenderme por dejar pasar el momento de la pasión y retrasar el Cumplimiento de vuestra imperiosa orden? Háblame.

REINA: ¡Oh, hij, hijo mío! Vierte la fría paciencia en ese fuego ardiente de tu excitación
¿Cuál es ese lugar donde pones tu mirada ahora?

HAMLET: Allí, allí. ¡Le miro a él! No, no me miréis así, no sea que esa actitud lastimera Tuerza mi firme designio, pues mi deber perdería el color que le es propio... Lágrimas, en vez de sangre.

REINA: ¿A quién os dirigís así?

HAMLET: ¿No veis nada allí?

REINA: Nada den absoluto, y sin embargo puedo ver todo lo que me rodea.

HAMLET: ¿Tampoco oísteis nada?

REINA: A nosotros tan sólo.

HAMLET: ¡Mirad! ¡Mirad allí! Miradlo cómo se desvanece. Es mi padre, vestido tal Como en vida. ¡Mirad cómo se aleja a través del pórtico!

Sale el espectro.

REINA: Eso no es sino impresión en vuestra mente. Es el delirio que crea imágenes
Sin cuerpo.

HAMLET: ¿Delirio? No, nada de lo que he dicho es locura. Ponedlo a prueba. Por Dios
Bendito, madre. No adornéis vuestra alma con la ilusión de que no es
Vuestro pecado sino mi locura la que así habla. Confesaos al cielo.
Arrepentíos del pasado. Cuidaos de lo por venir. No echéis más estiércol
A la cizaña pues la haréis crecer.

REINA: Oh, Hamlet, has partido mi corazón en dos mitades.

HAMLET: Arrojad pues la mitad más vil y vivid más pura con la que os quede.
Buenas noches... Y no vayáis al lecho de mi tío. ¡Y si no tenéis virtud,
Fingidla! Practicad la continencia esta noche; eso hará que os resulte más
Fácil absteneros la próxima vez – y todavía más la siguiente, pues el
Hábito puede cambiar hasta el sello de la naturaleza, y domina al diablo y lo
Arroja bien lejos con extraordinaria fuerza. Buenas noches de nuevo.
Cuando de verdad queráis ser bendecida también yo os pediré la bendición.
En cuanto a éste, me arrepiento, pero así lo quiso el cielo. Me hago cargo de
Él; me hago responsable de su muerte, pues que yo se la dí, Buenas noches
Otra vez. A veces ser bueno supone ser cruel; así comienza lo malo para
Que le siga lo peor. Todavía una palabra, señora.

REINA: ¿Qué debo hacer?

HAMLET: ¡Nada de lo que os he dicho, por supuesto! Dejad que ese borracho de rey
Vuelva a llevaros al lecho, que os pellizque, lascivo, en las nalgas, que por
Un par de inmundos besos o por sobaros el cuello con sus malditos dedos
Os haga referirle lo aquí ocurrido, que no estoy realmente loco, que mi
Locura es astucia. Sería bueno que así se lo dijerais.

REINA: Seguro estad que si las palabras están hechas de aliento, y el aliento de vida,
Ni vida ni aliento me queda para referir lo que me habéis dicho.

HAMLET: Parto para Inglaterra, ¿lo sabíais?

REINA; Lo había olvidado. Sí, resuelto está.

HAMLET: Han dispuesto cartas selladas, y dos de mis compañeros – de quienes me fío
Como de víboras venenosas – portan ordenes oportunas. Me tendré que
Afanar con tanta trama. Madre, buenas noches tengáis. Bien quieto y callado y
Grave está este consejero. ¡Pensar que en vida era un pobre necio, un

Charlatán! ¡Vamos allá, amigo! ¡Concluyamos de una vez! Buenas noches, Madre!

Sale Hamlet arrastrando el cuerpo de Polonio.

Fin del III acto.

Cuarto acto

Escena I

Entran el rey y la reina

REY: ¿Dónde está vuestro hijo? ¿Cómo está Hamlet?

REINA: Loco, como el viento y el mar cuando miden la fuerza de su furia... En pleno desmán de su arrebató, al oír que algo se movía detrás del tapiz, saca una espada y grita “¡una rata, una rata!”, y en medio de un ciego acceso asesina al pobre anciano que allí se escondía.

REY: ¡Oh, acto funesto! Lo mismo nos habría ocurrido a nosotros de haber estado allí. Su libertad es una amenaza para todos. Para vos misma, para nosotros, para todos y cada uno. ¿Cuál ha de ser la respuesta a un acto tan sangriento? ¿A dónde ha ido?

REINA: Ha esconder el cuerpo al que ha dado muerte; inclinado junto a él, llora y lamenta lo sucedido.

Rey: Apenas toque el sol la cima de los montes haré que salga de aquí en barco. Venid Gertrudis, que hemos de convocar a nuestros amigos para darles cumplida cuenta de lo que nos proponemos y de lo acontecido. De este modo, la calumnia, cuyo rumor corre de un extremo al otro del mundo, como proyectil de cañón que buscara su objetivo transportando su veneno, no podrá herir nuestro nombre, sino al aire invulnerable. Salgamos... henchida está mi alma de dolor y confusa.

Salen

Escena II Acto IV

Entra Hamlet

HAMLET: Ya está a buen recaudo.

Entran Rosencrantz y Guildenstern

ROSENCRANTZ: Señor, ¿qué habéis hecho con el cadáver?

HAMLET: Lo mezclé con el polvo pues a él pertenece.

ROSENCRANTZ: Decidnos dónde; que de allí lo sacaremos para llevarlo a la capilla.

HAMLET: No; no lo creáis.

ROSENCRANTZ; ¿Qué no hemos de creer?

HAMLET: Que siga yo vuestros consejos antes que el mío. ¿Qué respuesta dará, además, el hijo de un rey interrogado por una esponja?

ROSENCRANTZ: ¿Me tomáis por una esponja, señor?

HAMLET: Sí, señor, una que se empapa del favor del rey, de sus recompensas, de su poder... A fin de cuentas, esos son los oficiales que mejor sirven a un rey. Cuando el quiera lo que habéis cosechado, os exprimirá, y, pues sois esponja de nuevo quedaréis seco.

ROSENCRANTZ: No acabo de entenderos, señor.

HAMLET: Tanto mejor: que las palabras sutiles duermen en oídos necios.

ROSENCRANTZ: Señor, es necesario, que nos digáis donde está el cadáver, y que vengáis con nosotros ante el rey.

HAMLET: El cadáver está con el rey, aunque el rey no esté con el cadáver. El rey es una cosa.

GUILDENSTERN: ¡Una cosa, mi señor!

HAMLET: ... una cosa que no es cosa... Llevadme ante él.

Salen.

Escena III Acto IV

Entra el rey

REY: He mandado que busquen a Hamlet, y que traigan el cadáver. Con él no debemos Estremar la ley pues la multitud fanática le tiene en alta estima, y ésta suele Juzgar con la vista, no con la razón, de modo que solo advierte la crueldad del Que castiga y no el delito.

Entran Hamlet, Rosencrantz y Guildenstern

REY: ¿Y bien, Hamlet, donde está Polonio?

HAMLET: Cenando.

REY: ¿Cenado? ¿Dónde?

HAMLET: No donde se come, sino donde es comido. Un rey gordo y un flaco mendigo no son sino mesa variada, dos platos, para un mismo mantel. Ese es el fin de todo.

REY: ¡Oh, Dios! ¡Dios mío!

HAMLET: Puede un hombre pescar con el gusano que comió de un rey y comerse el pez Que se nutrió del gusano.

REY: ¿Qué quieres decir con eso?

HAMLET: Sólo eso: mostraros lo que puede ser el viaje de un rey por las tripas de un pordiosero.

REY: ¿Dónde está Polonio?

HAMLET: En el cielo. Enviad a alguien que lo compruebe... y si vuestro mensajero no Lo encontrara allí, buscadle vos mismo en el otro sitio.

REY: Hamlet, lo sucedido exige, por vuestra seguridad, que os ausentéis con urgencia de Este lugar. La nave esta preparada, el viento propicio y tus acompañantes dispuestos: todo a punto para marchar a Inglaterra.

HAMLET: ¿a Inglaterra?

REY: sí, Hamlet.

HAMLET: ¡Bien! A Inglaterra. Adiós mi querida madre.

REY: Tu querido padre, Hamlet.

HAMLET: Mi querida madre: padre y madre son marido y mujer; marido y mujer son Una misma carne; así pues, querida madre. ¡A Inglaterra!\

Sale

REY; Seguidle de cerca. Conducidle rápidamente a bordo. ¡Y sin tardanza! Que parta esta misma noche. ¡En marcha! Pues todo está sellado y hecho para poner fin a este asunto. ¡Apresuraos!

Salen todos excepto el rey.

Y tú, Inglaterra, si en algo estimas mi amistad, no acojas fríamente nuestra decisión soberana, que supone, por cartas escritas al efecto, la inmediata muerte de Hamlet. ¡Hazlo por mi, Inglaterra!

Escena IV Acto IV ELIMINADA

Escena V Acto IV

Entran la reina y Horacio

REINA: No quiero verla.

HORACIO: Ella insiste... parece fuera de sí.

REINA: ¿Qué es lo que demanda?

HORACIO: No cesa de nombrar a su padre, de decir que está el mundo lleno de engaños
Gime, golpea su pecho, se enfurece por nada, habla tan confundida que
Apenas se le extiende. Sus palabras son absurdas, pero aún sin forma, lo
Que dice hace reflexionar a quienes la escuchan, y hacen conjeturas, y
Acomodan sus palabras a lo que ellos creen que significan. Esto, a
Sus palabras a lo que ellos creen que significan.

REINA: Sería bueno que le hablaran: pues puede hacer que broten sospechas peligrosas
En algunos ruines. Decidle que entre.

Entra Ofelia enajenada.

SONIA: ¿Dónde está la hermosa majestad de Dinamarca?

REINA: ¿Cómo estáis, Ofelia?

OFELIA: (**canta**) - ¿Cómo podré reconocerte,
Oh tú, mi amor verdadero?
- Por mis sandalias y las conchas de mi sombrero
Y por mi bordón.

REINA; Oh, mi dulce Ofelia, ¿qué significado tiene esa canción?

OFELIA: ¿Hablabais? Escuchad esto, os lo ruego:

(**canta**)
Se ha ido; está muerto, señora.
Muerto. ¡Se marchó!
Cubierto de verde musgo,
Sus pies - ¡ay! - de mármol son.

REINA: Ofelia.

a

OFELIA: Escuchad, os lo ruego. **(Canta)** Como nieve de montaña, blanco es el sudario

Entra el rey.

REINA: ¡Mirad, mirad, mi señor!

OFELIA: (canta)

Flores, muchas flores, lo seputan;
Y lágrimas de amor,
Llueven sobre su tumba.

REY: ¿Cómo estáis, gentil Ofelia?

OFELIA: ¡ Bien! Que os lo premie Dios. .. Dicen que era hija del panadero la lechuza... ¡Señor! Sabemos lo que somos, mas no sabemos lo que seremos. ¡Dios bendiga vuestra mesa!

REY: Desvaría por su padre.

OFELIA: Ni una palabra sobre esto; pero si os preguntaran lo que significa, contestad

Así:

“Mañana, mañana

- ¡feliz día! – de San Valentín,
- y, galana, a la ventana
- al alba yo estaré.
- ¡Ya despierta el galán, ya se viste!
- Abre la puerta y la invita.
- Ella, inocente, claudica,
- y deja atrás su virtud.

REY: Querida Ofelia...

OFELIA: Escuchad, escuchad, que ya termino, sin blasfemias.
(canta)

¡Por la Santa Caridad! ¡Por Jesús!
¡Oh, Señor, cuánta vergüenza,
Oh, truhanes, cómo su espolón manejan
Los mancebos cuando asechan!
Y ella se lamenta: “prometisteis desposarme
Antes de que boca arriba yo estuviera...”

Y el le respondió:

“¿A qué venir a mi lecho
Si esta promesa os hiciera?”

OFELIA: Paciencia, paciencia, que todo irá bien. ¿Qué puedo hacer sino llorar? ¡ Le

pondrán en una fosa fría! Ha de saberlo mi hermano... Os agradezco vuestros buenos consejos. Que venga mi cochero. Señoras, muy buenas noches... Muy buenas noches, dulcísimas señoras, muy buenas noches, buenas noches...

Sale.

REY: Seguidla de cerca. Vigiladla, os lo ruego.

Sale Horacio.

REY: ¡Oh, veneno del pensar profundo! Todo a causa de la muerte de su padre... ¡Oh, Gertrud, Gertrud! Llegan las penas y no lo hacen una a una sino en tropel... El padre de Ofelia muerto; luego la ausencia de vuestro hijo, él mismo, autor violento de su propio destierro. Y el pueblo agitado, turbado, suspicaz en sus rumores y pensamientos por la muerte del buen Polonio. ¡Cuán torpe nuestra conducta al enterrarle a escondidas! Y la pobre Ofelia, privada de su razón, de su preclaro juicio, sin el que no somos más que imágenes o simples bestias.

Tumulto dentro.

REINA: ¿Qué ruido es ese?

REY: ¿Qué sucede?

LAERTES: ¡Ese rey! ¿Dónde está?

Entra Laertes.

LAERTES: ¡Oh! Tú, rey indigno, devuélveme a mi padre.

REINA: Calmaos, buen Laertes.

REY: Dejadle, Gertrud; no habéis de temer por mi. Decidme, Laertes, ¿a qué tanta ira? Dejadle, Gertrud, hablad.

LAERTES: ¿Dónde está mi padre?

REY: Muerto.

REINA: No víctima de su majestad.

REY: Dejad que pregunta cuanto quiera.

LAERTES: ¿Cómo murió? No he de dejarme engañar. ¡Al infierno, oh tú, lealtad!
Sucedá lo que suceda, sólo quiero vengar hasta el fin la muerte de mi padre.

REY: Laertes, ¿queréis saber la verdad sobre la muerte de vuestro padre? ¿Significa eso que está escrito sobre tu venganza que caigan amigo y enemigo, vencido y vencedor?

LAERTES: Sólo sus enemigos.

REY: ¡Has hablado bien! Como un buen hijo y un buen caballero! Soy inocente de la muerte de vuestro padre – de luto está mi alma por ello.

Tumulto dentro. Voces. “¡Dejadla entrar!”

LAERTES: ¿Qué sucede? ¿Qué alboroto es ese?

Entra Ofelia.

LAERTES: Oh, mi rosa de mayo, mi adorada hermana, dulce Ofelia...
¡Cielos! ¿Es posible que el juicio de una doncella sea tan efímero
Como la vida de un anciano?

OFELIA: (canta) Llevábanle a enterrar... ¡El féretro descubierto!
¡Ay no, ay de mi, ay no, no, no!
Y una tormenta de lágrimas sobre su tumba llovió...
Adiós, paloma mía, adiós!

LAERTES: Tuvieras tu cordura, y me movieras a venganza, y no me conmovieras tanto como ahora.

OFELIA: Traigo romero para los recuerdos. ¡Recuerda, mi amor, recuerda!
También traigo pensamientos para lo que piensas.

LAERTES: Lección es ésta de locura: pensamientos y recuerdos se entrelazan.

OFELIA: Aquí os traigo hinojos y colombinas. Y para vos ruda tengo, también alguna para mi; podríamos llamarla hierba de la dominical gracia...
Tenéis que llevarla de modo distinto al mío... ¡Mirad! ¡Una margarita!
¿Queréis violetas? ¡Ay de mi! ¡Se marchitaron todas cuando murió mi Padre... Dicen que tuvo muy buena muerte...

Canta

Mi pe-que-ño Ro-bin es to-da-mi a le-gría

LAERTES: Pensamientos y aflicciones, la pasión y el mismo infierno;
a todo otorga ella la gracia de su dulzura.

OFELIA: (Canta) No, ya no volverá, no
Nunca volverá;
No, que está muerto, no;
Acaba con tu vida ya,
Que el nunca volverá.

Su barba era de nieve,
Y sus cabellos de lino.
Se ha ido, se fue, se ha ido.
Dejemos de llorar.
Dios mío, de él ten piedad.

Y de las almas cristianas todas. Dios mío, ten piedad. Adiós.

Sale.

LAERTES: ¡Testigo sois de esto! ¡Dios mío!

REY: Laertes, dejadme sufrir con vos esta desventura, no me neguéis ese derecho.

LAERTES: ¡Sea!

REY: ¡Caiga tu espada sobre la ofensa! Venid conmigo, os lo ruego.

Salen.

Escena VI Acto IV

Afuera se oye la voz de Horacio que habla con alguien.

HORACIO: ¿ Quienes son los que quieren hablarme?

VOZ: Gente de mar, señor. Dicen que traen cartas.

HORACIO: Hacedles entrar.

Entra Horacio con la carta. Lee.

Horacio, cuando hayas visto esta carta, haz que estos hombres puedan presentarse ante el rey, puesto que llevan misivas para él. Cuando llevábamos navegando apenas dos días, una nave de corsarios bien armados nos dio caza. Escasos de vela como íbamos, nos tuvimos que revestir de coraje. En la lucha pude abordar su nave, pero en ese preciso momento viró, se apartó de nuestro navío, y quedé prisionero de ellos. Aunque ladrones, me han tratado con misericordia – saben muy bien lo que están haciendo - y he de

encontrar modo de corresponderles. Procura que el rey pueda recibir las cartas que yo le envío y ven a mi lado veloz, tal si huyeras de la muerte. Debo decirte al oído cosas que te harán enmudecer; no alcanzaré a encontrar las palabras pues grave es el asunto. Estos hombres te conducirán hasta donde estoy. Rosencrantz y Guildenstern van rumbo a Inglaterra. De ellos hay mucho que hablar. Adiós. Tuyo, como siempre: Hamlet.

Sale.

Escena VII Acto IV

Entran el rey y Laertes.

REY: Ya habéis escuchado, que ese que dio muerte a vuestro padre asechaba mi vida.

LAERTES: Eso parece. Ma decidme; ¿por qué no habéis actuado contra unos delitos tan graves y de tan capital naturaleza?

REY: Por dos razones muy especiales, La reina, su madre, sólo ve lo que el mira; en cuanto a mi, - no se si por desgracia o por fortuna, no lo sabría decir – tan unida está ella a mi vida y a mi alma, que como las estrellas no puedo girar sobre otra esfera que no sea la suya. La otra razón que impide apelar a la justicia abiertamente es el gran amor que el pueblo siente por él.

LAERTES: Llegará la hora de mi venganza.

REY: No ha de perturbar eso tus noches. Escucha lo que ahora he de decirte. Mucho amé A tu padre, tanto como a mi mismo. Espero que eso te permita imaginar...

Entra Horacio

HORACIO: Cartas majestad, de mi señor Hamlet. Estas para vos, y esta otra para la Reina.

REY: Dejadnos a solas

Sale Horario

Laertes, escucharéis lo que dicen. (LEE) “Majestad serenísima: sabed que, desnudo, he desembarcado en nuestro reino Solicitaré permiso mañana para comparecer ante vuestros reales ojos y referiros las circunstancias de mi muy repentino e inesperado retorno. Hamlet”.

LAERTES: ¿ Qué podemos concluir?

REY: ¿No amabais a vuestro padre? ¿ O solo eres una imagen del dolor , un rostro sin corazón?

LAERTES: ¿Por qué decís eso?

REY: Hamlet está de vuelta. ¿Qué haríais para mostrar con hechos, no con palabras, que sois digno hijo de vuestro padre?

LAERTES: Degollarle en el templo.

REY: Ningún lugar deberá ser santuario para asesinos ni tendría que haber fronteras para la venganza. Laertes, haréis lo que os diga. En breve prepararemos un encuentro y haremos apuestas sobre vuestras cabezas. El confiado y ajeno a cualquier treta, no examinará las espadas, de modo que con facilidad escogerás espada de punta descubierta, y le asestarás un buen golpe para venganza de vuestro padre

LAERTES: Así lo haré. Y a tal efecto he de untar el filo de mi espada con una mezcla que compré a un buhonero y que es tan mortal que bastará una gota en la punta del acero; pondré en la punta ese veneno, y bastará un leve roce para causarle muerte certera.

REY: Reflexionemos todavía. Si esto fallara, si la torpeza llegara a traicionar nuestro propósito, fuera mejor no intentarlo. ¡Esperad! Dejad que piense... Haremos apuesta solemne sobre vuestra destreza. ¡Eso es! ¡Ya lo tengo! Cuando en el fragor de la pelea os acaloréis y estéis sedientos, él pedirá de beber, y yo habré preparado una copa al efecto, de modo que apenas tome un sorbo – en caso de que escapara al veneno de tu espada – podamos asegurar nuestra empresa. ¡Silencio! ¿Qué rumor es ese?

Entra la reina.

REINA: Las desgracias se persiguen, se precipitan una tras otra. Laertes, vuestra hermana pereció ahogada.

LAERTES: ¿Ahogada? ¿Dónde?

REINA: Allí donde en el río crece un sauce recostado que refleja hojas blancas en el agua cristalina. Allí cuando trepaba para colgar en el árbol su corona silvestre, rompióse una rama pérfida, y cayó ella, y sus trofeos floridos en aquel arroyo de lágrimas. No pasó mucho tiempo, sin embargo, sin que el peso de sus vestidos, empapados de agua, la arrastraron al cieno de la muerte.

LAERTES: ¿Ahogada?

REINA: ¡Ahogada, sí, ahogada!

LAERTES: ¡Pobre Ofelia! Abundante es tu río, no lo aumente yo con mis lágrimas!

Sale

REY: Vayamos con él, Gertrud.

Salen.

Fin del IV acto.

ACTO V

Entran dos graciosos.

GRACIOSO PRIMERO: ¿ Hemos de dar cristiana sepultura a una que, por voluntad propia, decidió su salvación?

GRACIOSO SEGUNDO: ¡Claro que si! Prepara, pues, la fosa de inmediato, que el juez ya cerró el caso y decidió darle cristiana sepultura.

GRACIOSO PRIMERO: ¿Cómo puede ser eso? ¿Acaso se ahogó en defensa propia?

GRACIOSO SEGUNDO: Así lo han decidido. ¿Te digo lo que pienso? No fuera esta esta una muy distinguida dama, y no habría tenido cristiana sepultura.

GRACIOSO PRIMERO: Ahora hablas claro. Lo injusto es que los peces gordos tengan venia en este mundo para ahogarse, o colgarse, a diferencia de los demás cristianos. ¡Ea! Dame mi azadón, que no hay señor

de más rancio abolengo que el jardinero, el cavador y el enterrador, pues herederos son del oficio de Adán.

GRACIOSO SEGUNDO: ¿Era Adán de rancio abolengo?

GRACIOSO PRIMERO: El primero fue en abrazar las armas.

GRACIOSO SEGUNDO: ¿ Armas, el señor Adán?

GRACIOSO PRIMERO: ¿ Sois por ventura hereje? ¿O acaso no conocéis las Escrituras? dicen las Escrituras sagradas que Adán cavaba. ¿Y puede cavarse sin estar armado de pala y azadón? Ahí Va otro acertijo, y si no me respondes como es debido, confiesa que eres...

GRACIOSO SEGUNDO: ¡Adelante! ¡Sea!

GRACIOSO PRIMERO: ¿Quién construye más sólidamente que el mampostero, el carpintero, o el armador?

GRACIOSO SEGUNDO: ¡Por la Santa Misa, que no me sale!

Entran Hamlet y Horacio desde el fondo.

GRACIOSO PRIMERO: No te estrujes más los sesos pues el asno que eres no acelerará el trote aunque lo azotes. Y si vuelven a preguntarte esto propio, has de contestar “el sepulturero”, pues lo que construye dura hasta el día del Juicio Final. Anda, anda llégate hasta la casa y tráeme un trago de licor.

Sale el Gracioso Segundo.

(Canta)
Cuando era joven, jovencito,
¡Ay que gusto, que gustito!
Mataba - ¡ay! – el tiempo que pasaba,
Y poquito - ¡ay! – me importaba.

HAMLET: ¿Será que ese hombre no tiene conciencia de su oficio? ¡Canta mientras abre una fosa!

HORACIO: Por la costumbre nace en él la indiferencia.

El sepulturero saca una calavera mientras continua cantando.

HAMLET: Tiempo hubo en el que esa calavera tenía lengua y podía cantar. Mirad Como la arroja al suelo ese bribón, como si fuera la quijada con la que Caín cometió el primer crimen. Y esa que manosea ahora podría ser la De un político. Uno de esos que creen poder engañar al mismo Dios, ¿no es cierto?

HORACIO: Podría ser así, señor.

El sepulturero saca otra calavera mientras canta.

HAMLET: Hablaré con este individuo. Decidme, buen hombre, ¿de quién es esa tumba?

GRACIOSO PRIMERO: Mía, señor.

Sigue cantando.

HAMLET: Vuestra debe ser puesto que en ella estáis.

GRACIOSO PRIMERO: Y puesto que vos no estáis, vuestra no puede ser. En cuanto a Mi, dire que es mía aunque en ella no more.

HAMLET: ¿Para qué hombre caváis la tumba?

GRACIOSO PRIMERO: No es para hombre, señor.

HAMLET: ¿Para qué mujer, entonces?

GRACIOSO PRIMERO: Tampoco es para mujer.

HAMLET: ¿A quién vais a enterrar entonces?

GRACIOSO PRIMERO: A una que fue mujer, señor. Descanse ahora en paz, pues que ya no está viva.

HAMLET: ¿Desde cuándo sois sepulturero?

GRACIOSO PRIMERO: De todos los días del año, fue precisamente aquel en que el rey Hamlet venció a Fortimbrás.

HAMLET: ¿Y cuánto hace de eso?

GRACIOSO PRIMERO: ¿No lo sabéis vos mismo? Hasta el más tonto lo sabe: fue exactamente el día en que nació el joven Hamlet... ese que estaba loco, y que enviaron a Inglaterra.

HAMLET: ¡Cierto! ¿Y por qué lo enviaron a Inglaterra?

GRACIOSO PRIMERO: ¿Por qué iba a ser? Porque está loco. Dicen que allí recobrará la razón.

HAMLET: ¿Y cómo fue que enloqueció?

GRACIOSO PRIMERO: Pues, enloqueciendo.

HAMLET: ¿Cuánto tiempo puede durar un hombre en la tumba sin pudrirse?

GRACIOSO PRIMERO: Bueno, si no viene ya podrido, antes de muerto, puede durar hasta ocho o nueve años: si se trata de un curtidor, hasta nueve años, diría yo.

HAMLET: ¿Y por qué él más que otros?

GRACIOSO PRIMERO: Pues que tiene tan curtida la piel, por oficio, que resisten mucho la acción del agua. Y tenéis que saber que el agua destruye al mayor hideputa de los cadáveres... Mirad este

cráneo lleva enterrado como veintitrés años.

HAMLET: ¿Y de quién era?

GRACIOSO PRIMERO: Pues de un hideputa loco. ¿De quien iba a ser?

HAMLET: Pues no lo sé.

GRACIOSO PRIMERO: Este cráneo, era, señor mío, de Yorick, el bufón del rey.

HAMLET: Déjame verlo. ¡Ay! ¡Pobre Yorick! Yo lo conocí, Horacio; era un tipo muy divertido y de enorme fantasía. Más de mil veces me llevó a sus espaldas... y cuan horrendo aparece ahora en mi imaginación. Se me revuelve el estómago... Pero silencio, apartémonos que llega el rey...

Entran el rey, la reina, Laertes, caballeros y un sacerdote siguiendo al féretro.

LAERTES: ¿Esta es toda la ceremonia?

SACERDOTE: Nos hemos extendido en sus exequias hasta donde la legalidad tolera, pues muy extraña fue su muerte, y de no ser porque un orden superior puede alterar lo que es norma, no habría recibido sagrada tierra hasta el día del Juicio Final. Se ha permitido, no obstante, ofrendarle ritos virginales, y que fuera cubierta con flores de inocencia, a más de portada a hombros con funeral y campanas.

LAERTES: ¿Nada más puede hacerse?

SACERDOTE: Nada más.

LAERTES: Metedla en tierra ya y que de su hermosa carne inmaculada broten violetas.

HAMLET: ¿Cómo? ¡La hermosa Ofelia!

REINA: Flores para una flor. Adiós. ¡Tanto deseé que fueras la esposa de Hamlet!

LAERTES: No la cubráis de tierra todavía que quiero estrecharla una vez más en mis brazos.

HAMLET: ¿Quién es ese cuyo duelo suena con tanto énfasis? ¡Aquí estoy! ¡Hamlet de Dinamarca!

LAERTES: ¡Que el diablo lleve tu alma!

HAMLET: Os lo ruego, apartad vuestras manos de mi garganta. Pues aunque no soy

irascible ni violento, hay en mi algo peligroso que vuestra prudencia debería temer. Quitad de mi esas manos.

REY: ¡Separadlos!

REINA: ¡Hamlet! ¡Hamlet!

TODOS: ¡Caballeros!

HORACIO: Calmaos, mi buen señor,

REINA: ¡Esto es puro delirio!

HAMLET: Yo amaba a Ofelia. ¡Y ni el amor de cuarenta mil hermanos, podría sobrepasar el mío! ¿Qué haríais vos por ella?

REY: ¡Esta loco, Laertes!

REINA: ¡Dejádle, por amor de Dios!

HAMLET: ¡Oídmeme bien, señor! ¿Alguna razón en especial para tratarme de ese modo? Siempre os he querido bien. Pero nada importa; el gato maullaría y el perro haría lo propio.

Sale.

REY: Acompañadle, Horacio, os lo fuego.

Sale Horacio.

Laertes, refuerza tu paciencia, piensa en nuestra plática de anoche. Gertrud, Querida esposa, haced que vigilen a Hamlet. Confiemos el asunto a nuestro próximo envite.

Salen.

Escena II Acto V

Entran Hamlet y Horacio.

HAMLET; Aquí tenéis las misivas. Leedlas luego con sosiego. ¿Queréis que os siga refiriendo como procedí?

HORACIO: Os lo ruego.

HAMLET: Me senté y me puse a preparar otra misiva distinta y a escribirla con buen Tino. ¿Queréis que os cuente lo que escribí?

HORACIO: Sí, mi señor.

HAMLET: Una ardorosa súplica del rey de Dinamarca, considerando que Inglaterra es su fiel tributaria y que el amor entre ambas debía florecer como florecen las palmeras, considerando además que no le ha de faltar a la paz su corona de espigas ni a la amistad fuerza para sus vínculos, y tras otros etcéteras y “considerados” de gran peso proponiendo que apenas quedara enterado de este despacho, sin menor o mayor deliberación, matara a los portadores, de la forma más rápida posible, sin tiempo siquiera para confesarse.

HORACIO: Así que Guildenstern y Rosencrantz caminan hacia...

HAMLET: ¿Qué he de decirlos? Estaban encantados con su empresa. Para nada están sobre un conciencia. Su perdición en ellos mismos tiene la causa, pues es peligroso para el de rango inferior, colocarse entre la espada y el golpe cuando luchan dos poderosos adversarios.

HORACIO: ¡Dios! ¿Es esto un rey?

HAMLET: Poneos en mi lugar: ¿no pensáis que ése que mató a mi rey y prostituyó a mi madre, ése que se ha interpuesto entre la elección y mi esperanza, que puso anzuelo a mi propia vida de forma fraudulenta; no pensáis, digo, que fuera lícito hacer justicia con este brazo?

HORACIO: ¡Silencio! ¿Quién llega?

Entra Osric.

OSRIC: Bienvenido sea el regreso de Vuestra Alteza a Dinamarca.

HAMLET: Con toda humildad, gracias, - ¿Conocéis vos a esta libélula?

HORACIO: No, a fe mía.

OSRIC: Mi dulce príncipe, si dispusiera de un momento Vuestra Alteza, quisiera daros un mensaje de parte del rey.

HAMLET: Recibiré ese mensaje, señor, con gran diligencia de espíritu.

OSRIC: Señor, el rey me encarga que os diga que ha hecho una apuesta de consideración a vuestro favor. Se trata de esto señor... Como sabéis, señor, Laertes llegó recientemente a la corte...!un perfecto caballero, os lo aseguro! Para ser justo diré que es norte y modelo de galantería, puesto que estuche es de todo contenido que contiene un gentilhomme.

HAMLET: A lo nuestro, señor mío, ¿a que viene envolver a este gentilhomme en

nuestra tediosa palabrería?

OSRIC: ¿Señor?

HAMLET: ¿Por qué razón nombráis tanto a ese caballero?

OSRIC: ¿A Laertes?

HAMLET: Así es.

OSRIC: No os tengo por ignorante.

HAMLET: ¡Cuánto me alegra saberlo! Aunque, ¿cómo iba a afectarme que fuera de otro modo? ¿Y bien, señor?

OSRIC: ... no os tengo por ignorante de la excelencia que hay en Laertes.

HAMLET: No me atreviera a mentarla, no fuera a parecer una confrontación con la excelencia suya. Conocer bien a un hombre supone conocerse a uno mismo.

OSRIC: Me refiero a la excelencia de su arma. Según la opinión de las gentes, en ese mérito no tiene rival.

HAMLET: Decidme, ¿cuál es su arma?

OSRIC: Puñal y sable.

HAMLET: Eso no es una arma, sino dos.

OSRIC: El rey ha apostado contra él seis caballos berberiscos. Y en su contra, Laertes, según he sabido, se arrisca con seis floretes y seis puñales franceses, con todos sus accesorios.

HAMLET: ¿Y si dijese que no?

OSRIC: ¿Debo entender que os oponéis a someter vuestra persona a prueba?

HAMLET; Traigan pues los floretes, si esa es la voluntad del caballero, y si así lo desea el rey, le haré ganar sino la apuesta si me es posible.

OSRIC: ¿Es ese el mensaje que he transmitir?

HAMLET: En efecto, señor.

OSRIC: Reitero mis respetos a Vuestra Señoría.

HAMLET: Y yo a la vuestra, y yo a la vuestra.

Sale Osric.

HORACIO: Perderéis la apuesta, mi señor.\

HAMLET: No lo creo así> He estado practicando desde que se fue a Francia. Ganaré por los puntos de ventaja. No podéis imaginar cuánta angustia invade mi corazón... ¡Pero que importa!

HORACIO: Si vuestra mente recela algo, seguidla en sus impulsos. Iré hasta ellos para decirles que no vengan, que os encontráis indispueto.

HAMLET: ¡En modo alguno! Desafiare los augurios, pues hasta en la caída del gorrión actúa la Providencia. Sea ahora mismo, si no ha de ser más tarde, pues que ha de ser aunque no sea ahora, solo queda estar dispuestos. Y si es verdad que nadie llega a conocer aquello que abandona, ¿por qué esperar mas tiempo? ¡Sea!

Entran el rey, la reina, Laertes, Osric, Caballeros, criados con floretes y guantes de esgrima, una mesa y jarras de vino.

HAMLET: Perdonadme, señor, pues que mucho os he ofendido. Concededme el perdón, tal caballero que sois. Todo cuanto hice, que haya podido herir, vuestra naturaleza y honor, aquí declaro que fue locura mía. Así pues, ante esta asamblea, quiero ser liberado de cualquier intención perversa, por vuestra generosidad. Tan sólo disparé una flecha que volando sobre la casa fue a herir a mi hermano.

LAERTES: Mi naturaleza, que es la que debiera moverme a venganza, queda así satisfecha. Acepto como amistad la amistad que me ofrecéis y nada haré contra ella.

HAMLET: Y yo la ofrezco de corazón. Lucharé, leal, en este juego fraterno.
¡Los floretes! ¡Vamos!

LAERTES: Uno para mi.

HAMLET: ¡Qué fácil va a resultaros, Laertes! Con mi ignorancia vuestra maestría
Brillará cual estrella en la noche más tenebrosa.

LAERTES: ¿Os burláis de mi señor?

HAMLET: No, lo juro.

REY: Dadles los floretes, Osric.

OSRIC: Sí, mi señor.

REY: Pned sobre la mesa las jarras de vino. Si Hamlet da el primer golpe o el segundo, o está al quite en el tercer asalto, haré que en las almenas disparen salvas de ordenanza, y el rey beberá por el éxito de Hamlet y ha de introducir en su copa una perla, la más preciosa que en su corona hayan llevado los cuatro últimos reyes de Dinamarca. ¡La copas! “Beba el rey ahora a la salud de Hamlet. ¡Comenzad!

SUENAN LAS TROMPETAS.

HAMLET: Adelante, señor.

LAERTES: Adelante, vos.

HAMLET: ¡Una!

LAERTES: ¡No!

OSRIC: ¡Tocado! ¡Indiscutible!

LAERTES: Esta bien, sigamos.

REY: Un momento. Dadme una copa, Hamlet, esa perla es para vos. Pasadle la copa.

HAMLET: Otro asalto primero. Dejadla aparte. Vamos. ¡Tocado de nuevo! ¿Qué decis?

LAERTES: Sí, tocado. Debo admitirlo.

REY: Vencerá vuestro hijo.

REINA: Suda mucho y le falta aliento. Tomad Hamlet, mi pañuelo. Secaos la frente.
También la reina brinda por vos, Hamlet.

HAMLET: Querida madre...

REY: ¡Gertrud! ¡ No bebáis!

REINA: Perdonadme, señor, pero quiero beber.

Bebe.

REY: (aparte) Es la copa envenenada. ¡Demasiado tarde!

HAMLET: No quiero beber todavía, luego lo haré.

REINA: Acercaos, enjugaré vuestro rostro.

LAERTES: El próximo será el mío, señor.

REY: No creo.

LAERTES: (**Aparte**) Lo haré muy a mi pesar.

HAMLET: ¡Vamos! Tercer asalto! Laertes, creo que jugueteáis. Os lo ruego, atacad con más vigor. Sospecho que estáis haciendo burla de mí.

Luchan.

LAERTES: ¡Tocado!

Cambian los floretes.

REY: Separadles. ¡Están fuera de sí!

HAMLET: ¡No, no! ¡En guardia!

La reina cae.

OSRIC: ¡La reina! ¡Socorredla!

HORACIO: ¡Los dos heridos! ¿Cómo estáis, mi señor?

Cae Laertes.

OSRIC: ¿Y vos Laertes? ¿Cómo estáis?

LAERTES: Como perdiz, apresada en su trampa, Osric. Justo es que muera a manos de mi propio engaño.

HAMLET: ¿Y la reina? ¿Cómo estáis?

REY: Se desmayó al ver la sangre.

REINA: ¡No, no, no!... La bebida... ¡Hamlet, hijo! La bebida, la bebida. ¡Me han envenenado!

Muere.

HAMLET: ¡Infamia! ¡Infamia! ¡Cerrad todas las puertas!!Traición!!Muestra tu cara!

LAERTES: Aquí está, Hamlet... Y tú, herido de muerte. No queda en ti sino media hora de vida. Llevas en tu propia mano el instrumento traidor, afilado y con veneno...astucia infame... que se ha vuelto contra mí... Mirad ... que ya

caigo... para nunca jamás alzarme del suelo... A vuestra madre, también la envenenaron. El rey...el rey es el culpable.

HAMLET: ¿También el filo envenenado? ¡Consuma tu obra, veneno!

Hiere el rey.

TODOS: ¡Traición! ¡Traición!

HAMLET: ¡Tu incestuoso, asesino, maldito danés! ¡Bebe hasta la última gota del veneno! ¿Vuestra perla no está aquí? Unete a mi madre.

Muere el rey.

LAERTES: Justo es su final... Muerto por el veneno que el preparó... Oh noble Hamlet necesito tu perdón y yo mismo perdonarte. Sobre ti no caiga mi muerte ni la de mi padre... Que no caiga sobre mi la tuya.

Muere.

HAMLET: El cielo ha de perdonarte... Yo te acompaño... Ya muero Horacio... pero tu vivirás y deberás marrar mi verdadera historia a cuantos no sepan de ella.

HORACIO: No penséis en ello. Y pues que más tengo de romano que de danés... He aquí el veneno, aún no agotado...

HAMLET: Dame ese cáliz. ¡Suéltalo! ¡Por el Cielo Santo! ¡Dámelo!

Se oyen salvas y una marcha militar. Sale Osríc.

¿Qué rumor de guerra es ése?

Entra Osríc.

OSRIC: El joven Fortimbrás vuelve victorioso de Polonia y saluda a los embajadores Ingleses con salvas de guerra.

HAMLET: ¡ Horacio, muero!... ¿No viviré para saber las nuevas de Inglaterra? Yo Profetizo que será elegido Fortimbrás. Sea para el mi voto, ahora que agonizo ¿Se lo diréis? Dile también cuales fueron las circunstancias, pequeñas o grandes para actuar así... El resto es silencio.

Muere.

HORACIO: ¿Así te rompes, oh corazón noble? Buenas noches, mi dulce príncipe, que

Cante un coro de ángeles; que te conduzca, con sus alas, hasta tu reposo.

FIN